

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

R. 29992

ACADEMIA DE CRISTO.

PARIS Y ROMA

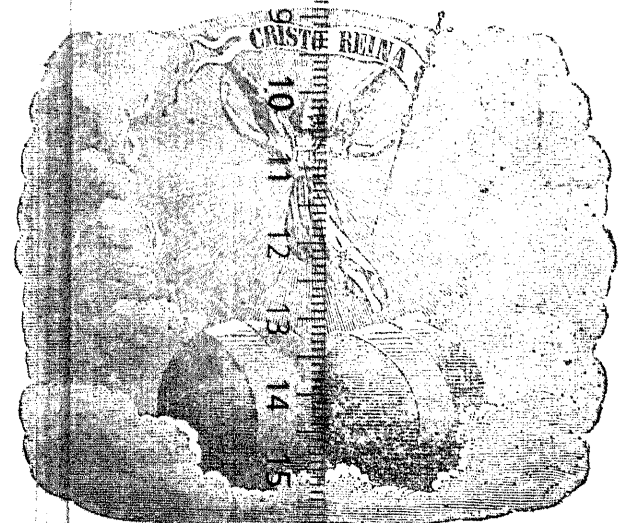
1867.

ESCEJAS DE LA EXPOSICION UNIVERSAL

ANIVERSARIO SECULAR DEL MARTIRIO DE SAN PEDRO.

D. José María Granollers,

CANONIGO DE SACRO MONTE.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

GRANADA — 1867.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSÉ MARIA ZAMORA,
Calle de la Montería, núm. 3.



R. 29992

ACADEMIA DE CRISTO.

PARIS Y ROMA

EN

1867.

ESCENAS DE LA ESPOSICION UNIVERSAL

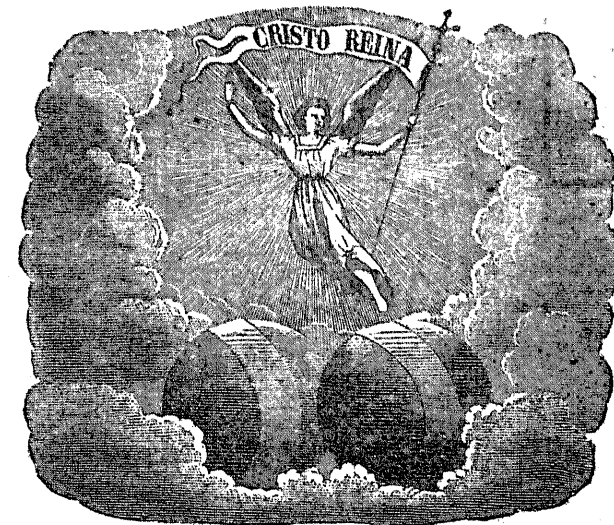
Y DEL

ANIVERSARIO SECULAR DEL MARTIRIO DE SAN PEDRO.

POR

D. José Gras y Granollers,

CANÓNICO DEL SACRO-MONTE.



Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

GRANADA.—1867.

IMPRESA Y LIBRERIA DE D. JOSÉ MARIA ZAMORA
Calle de la Montería, núm. 3.



AL EXCMO. SEÑOR

D. JUAN PEREZ DE BARRADAS Y BERNUY,

Marqués de Peñafloz, de Quintana

y de Cortes de Graena,

Grande de España de primera clase

y Senador del Reino.

Este opúsculo es propiedad de su autor, quien se reserva
el derecho que le concede la ley.

EXCMO. SEÑOR.

Mientras la fé de España conquistando uno á uno los últimos baluartes del islamismo, se disponia á lanzar á los sectarios del Corán hasta de las mismas costas africanas, la infidelidad de los emperadores de Oriente abria las puertas de Constantinopla á las hordas de Mahometo II.

Bayaceto II, Selim I, Soliman y Selim II, establecidos sobre las ruinas del imperio cismático y apoderados de muchas islas, amenazaban segunda vez á toda la Europa, cuando San Pio V, hijo religioso del español Santo Domingo de Guzman, apeló á nuestro esfuerzo para contrastar los triunfos de los enemigos de Cristo.

La cruz se encontró en 1571 frente á frente de la media luna en Lepanto, y uno de los que allí mas gloriosamente batallaron fué el esforzado D. Lope Barradas, que venia mandando la Capitana de D. Juan de Austria.

Excmo. Señor.

Hoy no son los turcos los que amenazan la cristiandad como en aquella fecha; pero Pio IX no menos firme defensor de todas las naciones cristianas que su predecesor ilustre, convoca á los príncipes de la Iglesia y á todos los corazones heroicos para oponer un dique insuperable al ateísmo, que amenaza sumergir en un diluvio de crímenes el mundo.

¿Faltará otro Lepanto triunfal al inmortal Pio IX?

Interin la piedad católica ora y espera, me creo en el deber de dedicar á V. E. esta rápida descripción del espectáculo religioso que ofrece Roma y del que presenta con su Exposición universal la sibarítica metrópoli de la civilización contemporánea. Dígnese V. E. aceptarla con los votos que hace por su felicidad y la de su nobilísima familia este su siempre afectísimo S. S. y Capellan,

José Gras y Granollers.

PARIS Y ROMA EN 1867.

ESCENAS

DE

la Exposición universal y del Aniversario secular

del martirio de San Pedro.

I.

Paris y Roma (1):

Dos ciudades concentran en estos momentos la atención del mundo; Roma y Paris. ¿Ofrecen acaso las dos metrópolis algun espectáculo grandioso á la humanidad para que esta envíe de todas las naciones de la tierra espectadores ó concurrentes?

Sin duda alguna.

La una ofrece su Exposición universal de la industria contemporánea; la otra espone á la consideración del universo cristiano la centenar solemnidad del martirio de San Pedro. Hacia la una se dirigen los jefes de los Estados, los príncipes.

(1) Los datos y noticias que se refieren á Paris y Roma los hemos sacado de correspondencias y artículos de la *Civiltá Católica* y de la *Revue du Monde Catholique*.

y poderosos de la tierra; hácia la otra los obispos y su clero, los caudillos espirituales de los pueblos.

Paris brinda con la esposicion universal de la industria una esposicion universal de placeres; un convite espléndido para la satisfaccion de todos los sentidos. Roma si se viste de gala lo hace con sagrados ornamentos y para presentar á la veneracion de los fieles los grandes triunfos de la fé sobre la indiferencia, de la justicia sobre las vastas conjuraciones de la iniquidad, del amor sobre la alianza infernal de todos los egoismos.

En Paris se quema incienso al triunfo de la materia, en Roma se conmemora el triunfo de los espíritus; Paris glorifica los intereses pasajeros del tiempo, Roma los permanentes y eternos. Carreras de caballos, banquetes suntuosos, bailes, teatros, revistas militares, hé aquí lo que ocupa á los visitantes de la capital de Francia; la tumba del Príncipe de los Apóstoles, trono indestructible del inmortal Pio IX, piedra fundamental sobre la que está construido el divino edificio del cristianismo, hé aquí lo que acuden á visitar los católicos de las cinco partes del mundo.

II.

Los dos amores.

Una de las grandes lumbreras de la humanidad, un obispo de Hipona, que desde el siglo de Alarico y de los Vándalos brilla en medio de las tinieblas de su época y arrolla las de catorce siglos para confundir también las *luces* del XIX, en su libro XIV, cap. XXVIII, de *Civitate Dei*, se espresa en estos términos:

«Dos ciudades fueron construidas por dos amores. La ciudad terrena fué erigida por el amor de sí mismo despreciador de Dios; la celeste por el amor de Dios despreciador de sí mismo. Aquella funda toda su gloria en sí misma; esta en la gloria de Dios: aquella se afana por ser celebrada de los hombres; esta no quiere en su conciencia otra alabanza ó gloria que la divina: aquella levanta su cabeza y blasona de su

poder; esta llama á Dios su gloria, su fuerza y su corona. Aquella ostenta en la frente de sus príncipes y en las naciones subyugadas la pasión de reinar; esta no hace alarde sino de caridad mútua entre sus príncipes que suavemente gobiernan y sus súbditos que cariñosamente obedecen; aquella ensalza y recuenta la grandeza de sus poderosos, y esta dice á su Dios: te amaré Señor, grandeza y virtud mia. Y por consiguiente en aquella sus sabios viviendo únicamente con humana sabiduría amaron los bienes del cuerpo ó del alma, ó todos juntos segun su humana estimacion, y no honraron á Dios como debían, sino que se envanecieron en sus pensamientos, se oscureció su corazón y diciendo que eran sabios quedaron soberbiamente necios hasta el punto de adorar la corruptible imagen del hombre, de aves, de cuadrúpedos y de serpientes; mientras que en esta, no dando valor alguno á la sabiduría humana que no está basada en la piedad, se dirige todo su estudio á honrar debidamente á Dios, no codiciando otro premio que estar honrándole en compañía de los santos, no solo hombres sino también ángeles, á fin de que Dios sea siempre amado sobre todas las cosas.»

III.

En Asia.

Hace mas de dos mil años que en Susa, capital del imperio persa, Artajorjes quiso ofrecer también á los príncipes del Asia una esposicion universal de riquezas, de poderío material y de gloria. Por espacio de ciento ochenta dias duraron las fiestas, y al fin de ellas el pueblo entero de Susa fué convidado á tomar parte en ellas. Los bosques y jardines reales franquearon entonces su entrada al público. Bajo la frondosidad de los árboles rodeados de infinita variedad de flores se alzaban en todas partes pabellones de color celeste, blanco y de jacinto, no siendo sostenidos mas que por cordones de finísimo lino y de púrpura que pasaban por anillos de marfil y se ataban en columnas de mármol. Debajo de esas tiendas ó pabellones había dispuestos lechos de oro y de plata sobre un.

pavimento de pórfido y de mármol de Páros, en que se veían mosaicos preciosísimos.

Las copas de las mesas todas eran de oro, la vajilla era variada á cada vianda. Hasta la reina Vasthi dió su convite á las mujeres de los magnates de Persia y de la Media, y parecía que la imaginación mas exigente habia de quedar anonadada bajo la profusión de sedas, de diamantes, y de tanta multitud de trajes brillantísimos que se eclipsaban ó confundían en un mismo esplendor.

¿Qué resta hoy de las maravillas materiales de los Jerjes y Daríos?

IV.

El Palacio de la Exposición universal.

El día 1.º de abril de 1867 se inauguraba en el vasto espacio del Campo de Marte el templo dedicado á las artes de la paz.

¿Por qué llevará ese nombre del mitológico dios de la guerra, el espacio en que se ha construido el palacio de la industria?

La forma de ese vasto edificio es elíptica. Su anchura, la sencillez del techo arqueado ligeramente y sin mostrar la armazón y las moles de hierro que se agitan algunas veces en movimiento, como los brazos de otros tantos Briareos, ofrecen un aspecto imponente con sus ribetes de maravilloso, á estilo de cuento de viejas industrial forjado por imaginación avivada al rumor de máquinas de vapor, telares mecánicos é ingenios de todas clases y formas. Y junto á los volantes y ruedas de hierro aparecen en seguida armarios lujosos, con telas deslumbrantes tras sus cristales, libros riquísimos, pinturas, fotografías, máquinas, muebles, armas, bronceos, joyas, todo en fin lo que es capaz de producir el ingenio humano en nuestros días. Todas las naciones tienen su sección señalada para la colocación de sus objetos.

Al lado de la severa decoración ó casi ausencia de la misma de la Gran Bretaña, se encuentra la pomposa de Haití y la

sencilisima de los Estados Unidos corrida en toda su extensión, lo cual facilita en alto grado las agrupaciones. Vienen al lado de estas las de Marruecos, Túnez, China, Egipto é Imperio Otomano y con ellas el lujo de colores y el esplendor oriental. Y no es que en el decorado se haya obtenido la semejanza perfecta con las maravillosas construcciones del Oriente, porque ni ello era posible sin extraordinarios gastos, ni entraba tampoco en los intentos de los que lo dirigieron. Se forma el espectador una idea aproximada de la riqueza de tonos que campean en las paredes de los edificios árabes, chinos y egipcios, al mirar las columnas, arcos y armarios que encierran las secciones indicadas, y la impresión total se completa con los objetos indígenas espuestos, muestra palpable de que aun conservan, mas ó menos adulteradas, sus tradiciones decorativas, los pueblos en donde el sol brilla esplendente y los hombres disfrutaban de las delicias de un clima voluptuoso.

Rusia, Austria, Prusia, Suecia y Noruega, Dinamarca, Italia y Portugal, también han procurado caracterizar su estilo arquitectónico, y en particular la primera muestra su lujo en las construcciones de madera sin pintar, y la penúltima en los relieves y estatuillas de los arcos y columnas. Codándose con Portugal está nuestra España, que tiene completa ya la decoración de la sala destinada á las bellas artes y en curso de construcción los armarios y estanterías para los restantes grupos. La sala indicada, que tiene el acceso por la calle de España, está decorada siguiendo el estilo del renacimiento español, del que se encuentran los mejores y mas ricos ejemplos en la histórica y monumental Toledo. Francia, Holanda y Bélgica manifiestan gran rivalidad de perfección industrial en muchos de los objetos espuestos.

V.

Tregua.

El viento sereno de la situación presente ha disipado por fin las nubes amenazadoras que se acumulaban en el borras-

coso horizonte político de Europa y que proyectaron al principio una negra sombra sobre el palacio de la Exposición universal de París. La confianza ha llevado al Campo de Marte la animación que le arrebatara la duda, y en pocos días aquel inmenso emporio de la inteligencia y de la actividad humana ha sido lo que se propuso su coronado autor, lo que debía realmente ser. Ningun obstáculo se opone ya á que los hombres curiosos y ricos de todos los pueblos vayan á pasar á la hermosa capital de Francia una temporada agradable, y que los cultivadores del arte, los infatigables atletas de la industria, y los pacíficos y modestos fomentadores de la agricultura acudan al sitio en donde los primeros podrán satisfacer mas ó menos los sueños desinteresados de una imaginación poética y los demás los instintos del lucro, sacando un provecho positivo del estudio minucioso y comparativo de los múltiples objetos que se ofrecerán á su vista y que cada cual tratara de imitar ó de perfeccionar al volver á su país.

Y no solamente los curiosos, los artistas y los especuladores los que se dirigen al palacio de la Exposición universal de París en busca de emociones ó de ideas apropiadas á sus sentimientos, sino que las maravillas del Campo de Marte han producido una revolución en casi todas las cortes de Europa y hasta en algunas de regiones muy apartadas, decidiéndolas á romper por primero vez preocupaciones arraigadas por centenares de siglos. Cuando creíamos que algunos soberanos estudiaban sobre el mapa el camino por donde pudieran conducir mas fácilmente un ejército numeroso á las orillas del Sena; cuando se nos figuraba distinguir ya el humo de las mechas y ver brillar medio desnudas las espadas de los grandes capitanes modernos, de improviso los monarcas cambian de actitud y en vez de marchar con aparato belicoso al frente de un ejército de medio millon de hombres, se dirigen á París con su ministro de Estado y seguidos de reducido séquito.

¿Cuál será el verdadero objeto que lleve á tantos soberanos á la capital de Francia? Es difícil adivinarlo.

VI.

Visitadores.

La multitud de extranjeros que acuden á visitar la Exposición universal crece asombrosamente. Ayer (27 de mayo), entraron en el Palacio del Campo de Marte 82,000 personas. Los vapores del Sena, los ómnibus, los coches de alquiler y el ferro-carril de circunvalación conducen diariamente en sus viajes de ida y vuelta unos 175,000 visitantes.

A escepcion de algunos estantes y de cierto número de establecimientos ó de kioscos del parque en que se trabaja aun, entre otros el pabellon japonés, la mezquita anglo india, los invernaderos, el grande aquarium marino y el sitio destinado para esponer las joyas de la Corona, el conjunto de la exposición se halla casi terminado y presenta un espectáculo interesante y grandioso.

Las secciones del extremo Oriente, de Turquía, de Africa y del Norte de Europa, cuyas costumbres é industrias no habian estado nunca tan bien representadas, bastarian por sí solas para excitar la mas viva curiosidad.

El jardin reservado es una maravilla. En las dos últimas semanas se ha trasformado ya cuatro veces, produciendo un efecto mágico como el súbito cambio de una decoración de teatro. Las flores se suceden sin interrupción ostentándose siempre frescas y lozanas, pues no se les deja tiempo para agostarse ni despojarse de sus hojas.

La cascada formada por una aglomeración de peñascos ficticios, pero perfectamente imitados, arroja un gran caudal de agua espumosa en un lago que alimenta el rio. Dentro de algunos días las carpas centenarias de los estanques de Fontainebleau atraerán allí las miradas de los curiosos.

El aquarium avanza, los invernaderos presentan muestras espléndidas de todas las plantas del globo, y los pabellones, los kioscos y las pajareras que se levantan entre perfumados bosquecillos de arbustos forman un verdadero Eden....

VI.

Fiestas.

Nunca se había visto en París tanta afluencia de reyes y reinas como en el año 1867, y si los dioses se van, como dice una canción, los reyes vienen de todos los países y los parisienses podrán satisfacer holgadamente su afición á las fiestas coronadas.

La reina de Portugal, que parte para ir á asistir al enlace de su hermano en Italia, es indudablemente la mas bella de las princesas que han venido hasta ahora, y ha causado verdadera sensación en París en todas las fiestas á que ha concurrido.

El hermano del Taicun es despues de ella el personaje que mas ha llamado la atención, y cuando pasa, precedido del que lleva su espada, se vuelven hácia él todas las miradas.

Esos orientales son magníficos modelos de la raza grave y algo melancólica de que proceden, y la viveza parisiense se asombra en gran manera de la imperturbable calma de esos representantes de los pueblos de Oriente.

Se espera al rey de Portugal, al emperador de Rusia que permanecerá aquí desde el 2 hasta el 14 de junio, al rey de Prusia, al Sultan y al Shah de Persia.... ¡Qué espléndida cohorte de monarcas! ¡Cuántos penachos y bordados veremos en sus numerosos cortejos! ¡Cuánta magnificencia!

El conde de Bismark vendrá también sin duda á París, y qué soberano escitará mas curiosidad que ese ministro que, merced á los fusiles de aguja, parecia tener en su mano los destinos del mundo hace algunas semanas?

El príncipe de Gales y el príncipe Alfredo, que debían de partir de París el domingo despues de asistir á las carreras de caballos de Chantilly, han aplazado hasta esta noche su partida. Como la religión protestante prohíbe las diversiones del domingo, el príncipe había pedido á la reina Victoria por el telégrafo permiso para asistir á las carreras, pero se le negó este permiso. Hé aquí un respeto religioso que llena de asombro á la frivolidad de nuestros parisienses.

El príncipe Oscar de Suecia ha regresado á su país, y los reyes de los belgas partirán á fines de mes.

Se multiplican los bailes, las recepciones y los banquetes para obsequiar á los reyes y las reinas, á los príncipes y las princesas, pero no relataré á V. las maravillas de esas fiestas, porque en todas se ve lo mismo, flores, diamantes, seda, luz, música y vino de Champaña. En el baile de las Tullerías se admiró mucho el traje de la princesa de Metternich; su vestido, completamente lleno de rosas de té, era una obra maestra de elegancia y distinción, y como adorno llevaba un simple collar enriquecido con gruesos diamantes.

La Emperatriz vestía de blanco, cuajado de diamantes, y la gran duquesa Maria de Rusia llevaba un traje verde con un deslumbrante adorno de esmeraldas.

VII.

Embarque de veinte y un Prelados españoles para Roma.

Mientras en París se estacionaban las muchedumbres contemplando las maravillas de la industria y la esplendidez material desplegada en los obsequios hechos á los soberanos; en todas las naciones católicas reina también un inusitado movimiento de príncipes eclesiásticos que van á admirar ya no prodigios que deslumbran á los ojos del cuerpo, sino á rendir culto inmortal á los héroes de Cristo, cuya vida fué una no interrumpida exposición universal de virtudes y milagros. Van á celebrar la fiesta del martirio de San Pedro, primer Vicario de Dios sobre la tierra y primer Padre-Rey de la sociedad cristiana, y van á solemnizar con su presencia la canonización de los mártires de Gorcum, Polocks y Zaragoza.

Copiamos aquí de un diario de Cataluña la descripción del embarque de los Prelados españoles que concurren á tan augusto acto.

«Barcelona entera, dice, que desde los últimos días del mes de mayo albergaba en su recinto á varios Príncipes

de la Iglesia, pareció que se había puesto ayer tarde en movimiento para presenciar el embarque de los Prelados españoles, tanto era el gentío que se dirigía á las calles por donde debía pasar la comitiva. Mucho antes de la hora anunciada estaba completamente lleno el espacioso templo de Santa María del Mar; y las personas que en él no tenían cabida se dirigían á la maralla de Mar, que estaba también llena de espectadores que arrostraban los rigores del calor del sol que les daba de lleno.

Poco rato se hicieron aguardar en Santa María los Prelados, á quienes recibían en la puerta principal el Rdo. Cura ecónomo é insigne Comunidad. El altar mayor estaba vistosamente iluminado y alrededor de su espacioso presbiterio se habían colocado regios sillones. Dos de estos quedaron vacíos, pues el Ilmo. Sr. Obispo de Huesca ha quedado enfermo en San Felipe Neri y otro cuya diócesis no recordamos, no pudiendo andar mucho, se vió precisado á dirigirse en carruaje á la Puerta de la Paz.

Llegó por fin el Emmo. Cardenal de Sevilla y el Exemo. Sr. Obispo de Barcelona. Este se vistió de Pontifical y entonó la *Salve* alternando con el órgano, despues de la cual dió la bendición episcopal, se entonó el *Ave maris stella*, y se puso en marcha la comitiva. Abria aquella la cruz parroquial, á la que seguía la Reverenda Comunidad, varios capitulares de la Santa Iglesia y los sacerdotes que acompañan á los Prelados, y la cerraba el gremial, en el cual iban el Sr. Cardenal y el Sr. Obispo de esta diócesis, siguiendo detrás el Excmo. Ayuntamiento, presidido por el Sr. Corregidor.

La carrera anunciada estaba tan llena de gente como las procesiones de Córpus, y en toda su estension los vecinos de las tiendas colocaron asientos para que se pudiese ver con mayor comodidad. El muelle de la Paz estaba completamente despejado; decimos mal, acupábanlo únicamente los Excmos. Sres. Capitan general, Gobernador civil, General Gobernador, M. Ilte. Sr. Comandante de Marina, Regente y Sres. Magistrados de la Audiencia y un piquete de Artillería con bandera y música que hizo los honores á los ilustres viajeros. Terminado el canto de un salmo, el Sr. Obispo dijo la oracion de rúbrica, vestido de pontifical, con el báculo en la mano izquierda, y colocado á la orilla del mar, dió solemnemente la

bendición episcopal al inmenso gentío que coronaba los baluartes, los terrados, los balcones que dan al puerto y las embarcaciones inmediatas al *San Quintín*.

Entonose el *Procedamus in pace*, la música tocó la marcha real y comenzó el embarque en falúas con toldillos y banderas nacionales. Ocupaban la primera el Emmo. Sr. Cardenal y los Rmos. Arzobispos, y otras cuatro los Sres. Obispos. Las autoridades, excepto el Excmo. Ayuntamiento, los acompañaron hasta á bordo donde se despidieron. A las seis y cuarto empezó á andar el *San Quintín* remolcando un falucho. La mar estaba en completa calma y la atmósfera serena.»

VIII.

Emperadores y Reyes.

Han llegado á Paris el emperador Alejandro II de Rusia, el rey de Prusia, el rey y reina de los belgas, y muchos príncipes de Suecia y Alemania.

Banderas de distintas nacionalidades, músicas, uniformes militares, cordones de la Legion de Honor, condecoraciones raras, bordados, carreras de caballos en el Bosque de Boloña, funciones en la Ópera, banquetes, bailes en las embajadas, en las Tullerías, en las Casas Consistoriales, trajes rusos, turcos, chinos, japoneses, egipcios, griegos, de higlanders, tal es el espectáculo que ofrece en estos momentos la babilónica capital de Francia.

Flores y mas flores, sedas y mas sedas, perlas, salones, jardines, iluminaciones eléctricas, torbellinos de coches, dias de gas, crepúsculos fosforescentes, noches espléndidas en que quizá se inicien bien tenebrosos planes.

IX.

Consistorio celebrado en Roma con asistencia de Prelados de distintos ritos.

Ayer (4 de junio) el Papa celebró consistorio público en el Vaticano, en el cual tomaron parte, además de los cardenales, los obispos llegados para asistir á las fiestas del centenario. Los obispos que se hallan ya aquí, son los siguientes: mons. Valerga, patriarca latino de Jerusalen; mons. Hassun, arzobispo primado de Constantinopla de ritoarmenio; mons. Fleix y Solans, arzobispo de Tarragona; mons. Lavastida, arzobispo de Méjico; mons. Munguia, arzobispo de Michoacan; mons. Maddalena, arzobispo de Corfu; mons. Giustiniani, obispo de Scio, y mons. Dupauloup, obispo de Orleans. De Italia están ya aquí mons. Fargioni, obispo de Valterra; mons. Valenziani, obispo de Tabriano; mons. Spilotros, obispo de Iricarico; mons. Ideo, obispo de Lipari, y mons. Lenti, obispo de Sutri. Han llegado tambien algunos obispos de Oriente, á saber: los obispos de rito armenio Nazarian, obispo de Mardin; Gasparian, obispo de Chipre; Aranehial, obispo de Ancyra; Hagian, obispo de Cesarea; Halibgian, arzobispo de Amasia; Balician, obispo de Alepo; Ginreghiam, obispo de Trebisonda, y Melehisedechiam, obispo de Erzerum. Los obispos de rito maronita son: mons. Mashad, patriarca de Antioquia; mons. Bortiani, obispo de Tiro y de Sidon; mons. Hagaen, obispo de Heliópolis y Balbek. Entre los obispos de rito sirio figura mons. Marah, obispo de Gezira. Por último, han llegado tambien mons. Massaia, obispo de Casisa, vicario apostólico de África, y mons. Languillat, obispo de Sergiopolis, vicario apostólico de Nankin, en China.

Todos estos prelados asistieron ayer al consistorio público, donde el abogado consistorial Francisco Morsigli se presentó ante el Papa y pronunció un discurso en latin en favor de la canonizacion de los beatos mártires Josafat Kungeriez, arzobispo de Polocks en Polonia, religioso de la orden de Basilius;

Pedro de Arbues, canónigo regular de la ciudad de Zaragoza; Nicolás Pich y sus diez y ocho compañeros de Gorkum, en Holanda. A esta alocucion contestó en nombre del Papa mons. Pacifici, secretario pontificio de letras latinas, manifestando que Su Santidad tenia el propósito de canonizar los mencionados mártires, pero que antes queria consultar en consistorio secreto á los cardenales y á los obispos, y que entre tanto era necesario hacer rogativas públicas. El lunes próximo se celebrará otro consistorio público para tratar de la canonizacion de los bienaventurados Pablo de la Cruz, Leonardo de Puerto-Mauricio, Francisca de las Cinco Llagas y Germana Cousin.

X.

Revista dolorosa.

(PARIS 6 DE JUNIO.)

La gran revista de 60,000 hombres, en obsequio de los soberanos extranjeros, habia atraido una multitud innumerable. A la una y cuarto salian de las Tullerias todos los soberanos y su numeroso estado mayor, dirigiéndose á Longchamps por la gran avenida de los Campos Eliseos.

El rey de Prusia iba en la primera carretela descubierta con la Emperatriz; el rey Guillermo iba á la derecha, vestido de gran uniforme con casco y plumero en forma de desmayo; la Emperatriz estaba sentada á la izquierda, llevando un elegante traje de seda color de malva, y guareciéndose de los rayos del sol con una sombrilla de encaje blanco. En la segunda carretela descubierta iban el Emperador y el Czar, los dos de uniforme, y sentados en frente los grandes duques. Ocupaban los demás coches la servidumbre, ostentando gran copia de cruces y cordones abigarrados.

Volviañ SS. MM. de la revista, cuando súbitamente y á unos quince pasos del coche imperial, un jóven grueso ha disparado un pistoletazo..... El capitan Raimboux ha defendido con su caballo la vida de los emperadores.....



Este pistoletazo, ligera intermitencia de la *moralidad* del siglo, ha venido á alumbrar con luz siniestra las fiestas oficiales.

XI.

Carácter de Paris.

Han transcurrido cuatro dias desde el atentado contra el emperador de Rusia, y un corresponsal parisiense escribe estas líneas:

«Paris no suele fijarse por mucho tiempo en una misma cosa; sus emociones pasan rápidamente, y su atención caprichosa quiere que se renueven con frecuencia los objetos de la misma. Durante tres dias no se ha hablado mas que del pistoletazo; pero se empieza á cansar el público, y hasta los periódicos destinan solamente algunas líneas al atentado y á su autor.

«Parece que Berezowski habla poco y conserva el linte sombrío de un fanático exaltado que ha mostrado desde un principio. Cuando se trata de los motivos que han podido inducirle al atentado, sus ojos chispean y habla calenturiento de los infortunios de Polonia, su país. Desde que está preso no ha querido comer nada. Esta repugnancia procede sin duda de la sobreexcitación moral y de los sufrimientos físicos que le aquejan. No acepta mas que caldo.

«Pronto pasará su causa al tribunal de los Asises.

«El Czar ha asistido á un *Te-Deum* en acción de gracias en la capilla rusa.»

XII.

Obsequios al Czar.

La fiesta de las Tullerías ha puesto término esta noche á la serie de magnificencias con que se ha obsequiado al Czar, y ha superado en esplendor á cuantas se habían dado hasta ahora, aunque esto parezca difícil. El jardín del palacio estaba iluminado con veinte y cinco mil mecheros de gas, para

los cuales había sido preciso fabricar otros tantos globos de cristal de diferentes colores. Una serie combinada de lámparas eléctricas que lanzaban luces de diversos matices y daban á las aguas de los surtidores y estanques todos los colores del prisma, aumentaba la belleza mágica del espectáculo. Las cascadas parecían arrojar una lluvia de diamantes, y además todos los árboles tenían las ramas cargadas de globos luminosos que, diseminados en el follaje, daban á los bosquecillos un aspecto poético y misterioso. Un gigantesco sol eléctrico, colocado en el centro de la principal calle de árboles del jardín, alumbraba toda la fachada del palacio que parecía incendiado.

En el interior, las escaleras y los salones estaban literalmente tapizados de flores raras, y el teatro del palacio, transformado en sala de festín, había sido adornado con ricas y magníficas colgaduras. Allí se sirvió á los soberanos y á sus convidados una cena incomparable, en la cual tomaban parte sentadas cuatrocientas personas. Se había servido otra cena permanente en pie en la galería de Diana, cuyo fondo estaba convertido en verdadero jardín compuesto de una admirable colección de plantas tropicales.

La Emperatriz, resplandeciente de pedrería, vestía de blanco y parecía no tener mas que veinte años; la gran duquesa Maria de Rusia, hermana del Czar, llevaba un vestido de color de rosa con un collar de rubies y un cinturón recamado de diamantes; se distinguía también entre las damas una princesa de Mingrelia por la abundancia de piedras preciosas que ostentaba; Alejandro II vestía un riquísimo uniforme de húsar, y el conde de Bismark llevaba su uniforme blanco de coronel de coraceros de la Landwehr sobre el cual se destacaba el gran cordón rojo de la Legion de Honor.

XIII.

Filii tui de longe venient.

La América rivaliza con la Europa para dar celebridad al centenario de San Pedro.

Procedentes de Nueva York se espera la llegada á Roma de las siguientes dignidades católicas de los Estados Unidos, á

saber: el reverendísimo arzobispo Purcell, de Cincinnati; los obispos Quinlan, de Móbil; Juncker, de Alton, Illinois; Roscrans, Dominick, de Pittsburg, Pensilvania; y Longhlin, de Brooklyn; el muy reverendo padre W. Starrs, vicario general de la diócesis de Nueva York; el reverendo padre T. Mooney, de la parroquia de Santa Brígida, Nueva York, y muchos otros eclesiásticos. Está ya aquí el arzobispo de Baltimore.

Entre los regalos de todas clases que los viajeros llevan al Padre Santo, figura en primera línea el ofrecido por los generosos católicos de Cincinnati, el cual consiste en un modelo de plata pura del yath «Henrietta» con un cargamento de 50,000 pesos en monedas de oro.

XIV.

Corresponsal moralista.

Con fecha 11 de junio, uno de los que describen las escenas parisienses contemporáneas dice:

«La Exposición continúa aprovechándose del brillante curso de príncipes extranjeros: desde la mañana hasta la noche es un vasto hormiguero, y hasta el domingo de Pascua cesó de funcionar la galería de las máquinas con grande y legítimo escándalo de los que creen en un poder superior al poder del vapor y que quisieran que se viese una idea religiosa sobre todas las maravillas de la materia.»

Perfectamente; pero ¿son muchos los visitantes de la Exposición de París, que se ocupan hoy de *un poder superior al del vapor*, y de la idea religiosa dominante *sobre todas las maravillas de la materia*?

Oigamos al mismo observador del legítimo escándalo producido por la profanación de los preceptos de la Iglesia.

«No hablaré hoy de teatros donde hace un calor sofocante y que sin embargo tienen todas las noches un lleno completo. Los extranjeros arrostran todas las molestias, el sol y el polvo; lo quieren ver todo. La «Dama de las Camelias» (inmunda glorificación del sentimentalismo del crimen), ha llegado á su 500.^a representación; el «Correo de Lion» se ha representado 400 veces; la comedia de magia la «Cenicenta» 450; la «Vi-

da de París» en el Palais Royal 300, y en todos los teatros sucede lo mismo; pero hay un furor por los espectáculos que nada entibia ni contiene, el oro cae á raudales en las arcas de las administraciones y el arte se destierra momentáneamente para dejar pasar esta devoradora sed de diversiones.»
¿Pero mitigarán acaso los cínicos espectáculos teatrales el ardor que devora á sus sedientos espectadores?

XV.

Procesion del Corpus en Roma.

(20 DE JUNIO.)

Esta mañana se ha verificado en los pórticos y alrededor de la plaza del Vaticano la solemne procesion del *Corpus*. Ha sido sin comparacion grandiosa y solemne este año, con la asistencia de un número extraordinario de obispos procedentes de todos los países del mundo. Despues de celebrados los divinos oficios en la Capilla Sixtina por el cardenal decano del Sacro Colegio, el Papa vestido con hábitos pontificales ha subido al *tálamo* sosteniendo al Santísimo Sacramento.

La procesion ha empezado á ordenarse á las ocho y media del modo siguiente: Niños huérfanos, religiosos de la Tercera Orden de penitencia, Agustinos descalzos, Capuchinos, Gerónimos, Mínimos, Menores Observantes de San Francisco, Agustinos, Carmelitas, Servitas, Dominicos, Cistercienses, Camaldulenses, Benedictinos, Canónigos regulares del Salvador, Seminario romano, Párrocos de la ciudad, Canónigos de las basílicas, procuradores generales de las Ordenes religiosas, capellanes que llevaban las mitras y tiaras papales, abogados consistoriales, camareros secretos, familiares de los Prelados, Penitenciarios de la Basílica Vaticana, Abades mitrados, Obispos, Arzobispos, Patriarcas y Cardenales, Príncipe asistente al trono y Senador de Roma.

El Padre Santo, sosteniendo el Santísimo Sacramento, iba rodeado de la guardia noble á caballo, y seguian detrás los protonotarios apostólicos, el camarero mayor y el mayordomo del Papa, los superiores generales de las ordenes religio-

sas, los camareros de capa y espada, el porta estandarte de la Iglesia y el estado mayor del ejército pontificio.

La primera salva de artillería ha anunciado que el Papa empezaba á bajar por la grande escalinata. Una multitud extraordinaria asistía á esta procesion, y nunca se habia visto en ella tan crecido número de obispos de todas naciones y ritos. La procesion ha terminado en la Basílica de San Pedro con la bendicion dada por el Papa con el Santísimo Sacramento.

El número de obispos que han llegado asciende á 280, y se esperan otros de Inglaterra, Irlanda y de los Estados Unidos. Los obispos españoles que hay actualmente en Roma son 30.

Pero si crecido es el número de los obispos, el de los eclesiásticos que han venido asciende á cinco ó seis mil. En las plazas y calles de Roma no se ven mas que eclesiásticos españoles, franceses, belgas, alemanes, ingleses, polacos y norteamericanos; pero los italianos y franceses constituyen la mayoría. Es un grandioso espectáculo el de tantos obispos y eclesiásticos de todos países reunidos alrededor de la Santa Sede.

XVI.

Aniversario de la coronacion de Pio IX.

El día 21 de junio, aniversario de la coronacion de nuestro Santísimo Padre Pio IX, dirigió Su Santidad sentidísimos acentos á los Prelados que le rodeaban.

Estas son las palabras pronunciadas por el Vicario de Cristo, al contestar á la felicitacion que le dirigiera el cardenal Patrizzi, decano del Sacro Colegio.

«Doy gracias al Sacro Colegio por sus sentimientos, y ruego tambien al Señor por su prosperidad. Al fijar la consideracion en las cosas humanas, no descubrimos verdaderamente en ellas mas que motivos de angustia y de temor. Una gran parte de la sociedad actual se deja seducir por las falsas ideas del progreso y unidad; pero es un progreso sin verdad; es una unidad sin caridad ni justicia. No podemos creer en ella; no vemos en ello mas que la obra del egoismo, y nada es mas contrario que el egoismo al espíritu del Evangelio.

«Algunos años atrás condenamos una lista de errores que se ha llamado el Syllabus; y hoy repetimos y renovamos aquella resolucion. Pero mi voz no basta para llegar á oídos de todos los fieles; se necesita tambien la vuestra, mis queridos hermanos; mis brazos están cansados, y es preciso que los sostengais, como los levitas sostenian los del antiguo profeta. El Señor os ayudará con su misericordia, y no os faltará.

«Teneis ya de esto una prueba material en ese bello triunfo que celebramos, pues es un verdadero triunfo ver el sepulcro de San Pedro rodeado de tantos obispos procedentes de todas las comarcas de la tierra. Pueda la bendicion que voy á daros en nombre del Señor ser una prenda de su misericordia.»

Asistian á este acto doscientos cuarenta obispos que estaban profundamente conmovidos.

XVII.

Confesion de un florentino.

De la llamada capital del informe reino de Italia, escriben con fecha del mismo 21 de junio.

«Mientras que en Roma los representantes del mundo católico están reunidos alrededor del Sumo Pontífice para solemnizar el centenario de San Pedro, y decretar los honores de la canonizacion á algunos hijos del pueblo, en Florencia se insulta á Roma y á los católicos. ¡Fatal pendiente á que la Italia está condenada porque no tiene un hombre verdaderamente italiano!

«Hemos visto la afluencia de fieles que pasaba por nuestras calles y llenaba nuestras estaciones de caminos de hierro, y persistimos en creernos vencedores, mientras que somos los vencidos.

«No es posible ilusion alguna. No estamos con la gran mayoría (*ni infima minoria*) del mundo católico; estamos aislados. Y nosotros no lo vemos; obramos como si en el mundo no existiéramos mas que nosotros, y como si tuviésemos bastante fuerza para resistir á todos.

«Ya ve V. lo que se está haciendo con la ley de enajenación de los bienes del clero. En esto todos los grandes políticos han puesto á prueba su talento y sus fuerzas. Se han presentado proyectos y mas proyectos; se han imaginado toda clase de combinaciones; pero todo ha sido en vano, y aun en este momento la comision de la cámara de diputados no ha podido ponerse de acuerdo con el ministerio para formular un proyecto realizable y que lleve á resultados positivos y tranquilizadores.»

Y ¿será esto posible sin ponerse de acuerdo con Roma, condicion *sine qua non* exigida por los mismos capitalistas judios? Fracasadas las negociaciones con Langrand-Dumonceau y Rotschild, la comision ha desechado en el Parlamento el convenio Erlanger. Furiosos los diputados ateos por tanto sucesivo descalabro, amenazan con la supresion de todas las corporaciones eclesiásticas y con la reduccion de diócesis y parroquias á capricho del Estado.

¿Hay mas que cerrar los templos, ó demoler las grandiosas catedrales de Italia, esos monumentos levantados por la fé de las célebres repúblicas de Génova y de Pisa y esos gigantes-cos prodigios del arte y de la piedad que se llaman *Il Domo* de Milan y San Márcos de Venecia?

XVIII.

Roma 24 de junio.

Con esta fecha escriben de la ciudad eterna:

«Cerca de cuatrocientos obispos, es decir, cien mas que en 1862, rodean en este momento al augusto Pio IX. El Padre Santo les dirigirá el dia 26 de este mes una alocucion en que, segun se dice, anunciará el futuro concilio ecuménico.

Los obispos han resuelto contestar al Padre Santo con una felicitacion, y para nombrar una comision encargada de redactar esa felicitacion, se han reunido por grupos de naciones. La comision constará de unos treinta y dos obispos, repartidos en la siguiente forma: cuatro por Francia, tres por España; tres por Austria, tres por Italia, dos por Inglaterra, dos por Irlanda, dos por Prusia, uno por Baviera, uno por Bélgica,

uno por Suiza, uno por Holanda, uno por Portugal, tres por la América del Norte, uno por el Brasil, uno por Méjico, y tres por Oriente.

Los tres comisionados elegidos por los obispos de Oriente son los Excmos. Sres. Valerga, patriarca de Jerusalem, Hassun, arzobispo primado de Armenia, y un francés, el Ilmo. Sr. Languillat, vicario apostólico de la China.

Los prelados designados por el episcopado español son el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, y los Excmos. é Ilmos. Sres. Arzobispos de Granada y Zaragoza.

Los obispos franceses, por razon de su mayor número (pues hay en Roma mas de sesenta), se han reunido en el palacio del cardenal Altieri, que al efecto puso á su disposicion sus espaciosos salones. El primer elegido ha sido el Ilmo. Sr. obispo de Orleans; justo homenaje debido á sus briosos y elo-cuentes escritos. Han sido elegidos además el arzobispo de Cambray, y los cardenales arzobispos de Besanzon y Ruan.»

XIX.

Abdul—Azis.

La cristianisima Francia estaba esperando el 25 de junio la llegada del Sultan, jefe de los creyentes de Mahoma.

La Esposicion de Paris habia recibido la visita de casi todos los soberanos de Europa; la secular solemnidad del martirio de San Pedro no habia interesado el corazon de los monarcas, si esceptuamos el católico de la reina Isabel nuestra Señora, y el de los nobilísimos emperadores de Austria. Las naciones cristianas tenian á Pio IX poco menos que abandonado á los sacrílegos caprichos de hordas desenfrenadamente ateas; Inglaterra é Italia escollaban con sus escuadras al Sultan desde Malta y Mesina, y un corresponsal de Marsella escribía el citado 25 del referido mes: «Va á tratarse al Sultan como soberano de un imperio omnipotente.»

XX.

**Audiencia dada por Pio IX al clero
católico.**

El Padre Santo recibió el día 25 de junio en audiencia solemne á mas de doce mil sacerdotes pertenecientes á todos los países del mundo católico. El Sumo Pontífice pronunció una alocucion en latin, en la que manifestó el regocijo que sentia al hallarse en medio de sus hijos en el sacerdocio en las angustiosas circunstancias por que atraviesa la Iglesia, exhortándoles á la paciencia y á la práctica de las virtudes sacerdotales, y recomendándoles el celo mas esmerado en la educacion de los niños, base de las futuras generaciones. «Mis muy amados hijos, dijo el inmortal Pio IX, vosotros habeis venido á Roma en alas de vuestro amor á la Iglesia. Difundid al volver á vuestros hogares el amor á la Iglesia y á todo lo que emana de la Iglesia.» Por último, el Papa concedió á todos los sacerdotes la facultad de dar una vez al año la bendicion papal con todas las gracias que le son inherentes.

Mientras el Sumo Pontífice pronunciaba la anterior alocucion, fué varias veces interrumpido por la concurrencia que, conmovida, prorumpia á cada paso en aclamaciones de ¡viva Pio IX! ¡viva el Papa Rey! gritos espontáneos de corazones que no podian contener dentro de sí los sentimientos que el inmortal Pio IX exaltaba con sus celestiales palabras y con su sobrehumana actitud.

Tan pronto como el Vicario de Cristo en la tierra abandonó la estancia en medio de atronadoras demostraciones de adhesion y de amor, un sacerdote francés, enagenado de entusiasmo, entonó en favor del Padre Santo la siguiente oracion, que la multitud ebria de santo regocijo cantó tres veces:

«*¡Oremus pro Pontifice nostro Pio! ¡Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum ejus!*»

No es posible presenciar espectáculo mas tierno y conmovedor. Una multitud, cuyos individuos pertenecen á distintas

naciones, hablan distinto idioma y tienen diversas costumbres, recitando en una misma lengua y en un mismo tono una ferviente plegaria en favor del Padre Santo, es un espectáculo que supera á toda descripcion, y que no puede contemplarse sin vivísima emocion y enternecimiento.

XXI.

**Aspecto de Roma durante los preparativos
para solemnizar el centenario de
San Pedro.**

Hoy 26 de junio. Todas las calles se encuentran invadidas; no hay monumento de la ciudad antigua ó edificio y museo modernos que no se llene á todas horas de personas curiosas, viajantes, ávidos los unos de estudiar aquellos riquísimos tesoros y ansiosos muchos de apuntar en el libro de las cosas que han visto una mas puesta ante sus ojos maravillados. Y en este tropel de curiosos todas las naciones se codean, y de los puntos mas remotos del orbe se encuentran hoy día representantes en la ciudad eterna. Hermosísimo espectáculo es, por cierto, contemplar á tantos católicos reunidos en Roma para celebrar juntos una gran fiesta de la Iglesia y poder ver y aclamar al venerable, al Santo Pontífice Pio IX. Sacerdotes y obispos italianos, prelados y clero español con su característico sombrero de teja, los franceses en traje y manera por lo general mas acicalados, los armenios de luenga barba y los caldeos con el turbante morisco, mezclados con seglares de todas las naciones en número extraordinario, tal es el cuadro que presenta Roma en estos momentos y que ha de ir tomando creces á medida que se acerque el día de San Pedro.

Todavía están llegando obispos y sacerdotes y no hay que decir cuantos seglares desembarcarán aun de los ferro-carriles romanos.

XXII.

Alocucion de Pio IX anunciando el designio de celebrar un Concilio Ecuménico.

Su Santidad pronunció el 26 una importantísima alocucion dando gracias á los Sres. Prelados que habian acudido á su llamamiento desde todos los confines de la tierra, y les comunicó un pensamiento cuya realizacion ha de ser la corona de los triunfos de la Iglesia en nuestros tiempos.

Transcribimos aquí los párrafos que creemos de mas interés para los Académicos de Cristo, cuyo glorioso reino encomienda Pio IX al celo de los prelados católicos, encorazonándolos para dilatarlo.

Cristo reina.

Nuestra ACADEMIA ha sido pues felizmente aprobada y recomendada por el Custodio infalible de la verdad, por el Vicario sublime de AQUEL que pasó por la tierra HACIENDO BIEN.

Hé aquí las poderosas palabras del inmortal Pontífice:

«Venerables hermanos: Gran consuelo y alegría tenemos en medio de nuestras grandísimas tribulaciones, al gozar nuevamente de vuestra agradable presencia y compañía, y al poder dirigiros la palabra, venerables hermanos, en esta dignísima reunion. Pues vosotros, conducidos á esta ciudad desde todos los países de la tierra por indicac'on de nuestro deseo y por la inclinacion de vuestra religiosidad, vosotros que os distinguís por vuestra singular piedad, llamados á compartir nuestros desvelos, nada considerais tan preferente como el proporcionarnos vuestro auxilio en estos tan calamitosos tiempos para defender los intereses católicos y procurar la salvacion de las almas, y dar cada dia mayores testimonios de vuestra adhesion y deferencia hácia esta Cátedra de Pedro.

«Trátase pues, venerables hermanos, de decretar los honores de santos á tantos inclitos héroes de la Iglesia, de los cuales la mayor parte batallando la gloriosa batalla del martirio, otros defendiendo el principado de la Cátedra Apostólica en la que está el centro de la verdad y de la unidad, otros reivindicando la integridad y la unidad de la fé, otros por devolver

á la Iglesia católica las almas arrebatadas por el cisma, padecieron con gusto una preciosa muerte, de modo que brilla en ellos la admirable disposicion de la Divina Providencia que ha dispuesto mayores ejemplos de adhesion á la unidad católica y triunfos de sus defensores, cuando la fé católica y la autoridad de la Sede Apostólica ha sido atacada con las mas rudas artes de sus enemigos. Trátase además de celebrar con solemnísimos ritos el recuerdo del dia en que San Pedro y su coapóstol Pablo, hace mil ochocientos años, padeciendo en esta ciudad un ilustre martirio, consagraron con su sangre el inmóvil baluarte de la unidad católica.

«Entre tanto vosotros, venerables hermanos, comprendéis muy bien por vuestra probada sabiduria, cuán vivamente conviene para hacer frente á los consejos de los impios y resarcir tantos daños de la Iglesia, que cada dia se arraige mas y mas la union, que tan alto se manifiesta, de todos vosotros con Nos y esta Sede Apostólica.

«Para confirmarla ya hace mucho tiempo teniamos pensado lo que ya saben algunos de nuestros venerables hermanos, y lo que confiábamos poder realizar algun dia, tan pronto como se presentase la oportunidad para nos tan deseada, á saber, reunir un sagrado concilio ecuménico y general de todos los obispos del orbe católico, concilio en el cual anudados los consejos y reunidos los estudios de todos, se den, con auxilio de Dios, los necesarios y saludables remedios á tantos males como los que afligen á la Iglesia.

«De esto confiamos que ha de resultar una grande esperanza de que la luz de la verdad católica difundirá su saludable esplendor sobre las tinieblas de los errores en que están envueltos los entendimientos de los hombres, para que con la gracia de Dios conozcan y sigan la verdadera senda de la salvacion y de la justicia. De aquí tambien vendrá, que la Iglesia, como invencible y ordenado cuerpo de ejército, rechace los esfuerzos de sus enemigos, desconcierte sus ímpetus, y triunfante de los mismos propague y dilate en todas partes el REINO DE JESUCRISTO.

«Ahora, pues, para que se cumplan nuestros deseos, y para que nuestros desvelos y los vuestros produzcan á los pueblos cristianos abundantes frutos de justicia, levantemos nuestros ojos á Dios, fuente de toda bondad y justicia, en quien está

la plenitud de todo auxilio y la abundancia de gracia para los que esperan. Mas teniendo por abogado cerca del Padre á su Hijo Jesucristo, gran Pontífice que subió á los cielos, que viviendo siempre ruega por nosotros, y que está de continuo con nosotros hasta la consumacion de los siglos en el admirable Sacramento de la Eucaristia, á este Redentor amantísimo, venerables hermanos, pongámosle como un signo sobre nuestro corazon, como un signo en nuestro brazo, y con toda confianza dirijamos nuestras continuas preces junto al altar en que el mismo Autor de la gracia estableció el trono de la misericordia, en donde todos los que trabajan y sufren encuentran consuelo y alivio.

«Roguémosle pues sin treguá y humildemente para que libre á la Iglesia de tantas calamidades y de todo peligro, y la haga vencedora de sus enemigos y le dé la alegría de la paz.»

Terminada la alocucion, el Papa regaló á los Prelados una magnífica medalla acuñada por C. Voigt. Representa por un lado dicha medalla á Nuestro Señor Jesucristo y á los dos Principes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, apoyados sobre la cruz de la espada, instrumento de su martirio. Nuestro Señor los corona. Alrededor de la medalla se encuentran grabadas estas palabras: *Princeps Apostolorum, Doctor gentium*; y mas abajo estas otras: *Isti sunt triumphatores et amici Dei*. En el anverso se lee la siguiente inscripcion:

PIO IX.

PONTIFICE MAXIMO

III KAL. JUL. AN. CHR. MDCCCLXVII

SÆCULARIA SOLEMNIA IN URBE ACTA

AD TRIUMPHALIS MEMORIAM DIEI

QUI PETRUM APOSTOLOR. PRINCIPEM.

ET PAULUM DOCTOREM ORBIS TERRARUM

VICTORES COELO INTULIT

DOMINÆQUE GENTIUM ROMÆ

NOMEN ET GLORIAM ADSERVIT

MATRIS ET MAGISTRÆ

OMNIUM POPULORUM.

XXIII.

Fiesta dada por los viajeros católicos de todas las naciones al heróico ejército pontificio.

Sabido es que el pequeño ejército de Pio IX consta en la mayor parte de generosos jóvenes, hijos muchos de las primeras familias nobles de Europa. A estos intrépidos atletas, nuevos cruzados de Cristo, han querido tributar un testimonio de gratitud y admiracion los católicos que han ido á visitar á Roma. Hé aquí lo que leemos sobre el particular en un periódico:

«La fiesta dada por los católicos de todo el mundo á los oficiales del ejército pontificio ha sido brillante. Los espaciosos salones del casino militar, espléndidamente iluminados, apenas podian contener á la concurrencia. En el fondo de la sala principal aparecia el busto de Pio IX, en frente del del general Lamoriciere, rodeado de armas y laureles. La música, colocada en un patio, tocó piezas escogidas é himnos preciosos, mientras el pueblo, situado en la plaza y calles adyacentes, aplaudia y vitoreaba á los que han puesto su espada al servicio de la causa santa que el Pontífice Romano representa.

«A las nueve penetró en los salones monseñor Mermillod, obispo de Hebron, llevando á su derecha al coronel D'Argy, y á su izquierda al coronel Charrete. Entre los oficiales veianse algunos héroes de Castelfidardo, y un herido en esa gloriosísima batalla brindó por Pio IX, Pontífice-Rey, brindis que fué acogido con estrepitosos aplausos y calorosas aclamaciones. Mons. Mermillod habló entonces, dirigiéndose á todos, y con especialidad al ministro de la Guerra, el general Kanzler, de la alegría que experimentaba al ver el entusiasmo de los oficiales pontificios y las simpatias que inspiraban á los extranjeros allí reunidos. Al concluir Mons. Mermillod su brillante improvisacion, fué ahogada su voz por unánimes y frenéticos vivas á Pio IX y al ejército pontificio.

En constestacion al discurso de monseñor Mermillod, el co-

mandante Castilla pronunció una alocucion enérgica que fué acogida con unánimes bravos. Poco mas ó menos terminaba de este modo: «Hubo en otro tiempo un Pedro el Ermitaño que predicaba las cruzadas gritando: ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! A nosotros, cruzados tambien, tócanos gritar: ¡Roma! ¡Roma! Repetido conmigo.»

XXIV.

Roma 27.

Son las doce de la mañana, los obispos se hallan reunidos en el palacio Altieri, con el objeto de firmar el mensaje que han de dirigir á Su Santidad. A la primera comision del mensaje pertenecen tres obispos españoles, y se asegura que ha desempeñado un papel muy brillante en la subcomision el señor arzobispo de Zaragoza. La redaccion definitiva ha quedado á cargo del arzobispo de Palestina, quien para terminar su tarea ha pedido y obtenido la respetabilisima colaboracion del sabio arzobispo, elegantisimo escritor y diestro hombre de estado, monseñor Franchi. Hoy todavia los obispos pueden presentar por escrito cuantas enmiendas juzguen oportunas.

XXV.

Impresiones de las fiestas de Paris y Roma en Alemania.

Francfort 28 de junio.

«Como á todos los católicos del mundo, es muy viva la impresion que causan á los alemanes las noticias que se reciben de las dos grandes capitales, Paris y Roma. La Exposicion de Paris y las fiestas religiosas de Roma son el tema de las conversaciones generales; Paris se nos aparece como el centro mundano, y Roma como el centro religioso. Paris y Roma nos ocupan mas que nuestros acontecimientos políticos, que no pueden inspirarnos grande interés. Nuestros

obispos, antes de salir para Roma, nos han explicado la sublime significacion del centenario de San Pedro. La política está de vacaciones; va á los bailes, á las fiestas de Paris; los trenes de los caminos de hierro conducen cada dia miles de viajeros á Paris. Permitame V. pues que abandonando el tema ordinario de las correspondencias, esponga algunas consideraciones sobre la Exposicion de Paris y las fiestas de Roma.

Para mí, y ruego á V. que no me tenga por idealista, la Exposicion de Paris es la encarnacion del materialismo político. Puede considerarse como un sintoma característico de la época, como la expresion figurada de un sistema político y social, como el resultado de la influencia de las ideas dominantes. Significa la solucion de los problemas políticos y sociales por medios materiales, por instituciones mecánicas, por cálculos matemáticos.

La fraternizacion y la intimidad de los pueblos ¿pueden realizarse por el contacto y la mezcla de los productos industriales? Se quiere haber encontrado el medio de reemplazar el principio vivificante y universal del cristianismo, en el que descansaba hasta ahora el orden social, por una reunion ó aglomeracion mecánica de productos, en una palabra, por el materialismo concreto. La Exposicion, segun algunos, al mostrar los productos de la industria humana, debe mostrar á los hombres cuál es su objeto en este mundo. La consecuencia de la Exposicion ha de ser la de promover la felicidad de los hombres en particular, la paz universal, la union de las razas, la fraternidad de los pueblos.

Frases sonoras, pero huecas; ruidosos toques de trompeta, pero que el viento se los lleva. Verdad amarga, que es un error si se cree obtener de esta suerte la solucion de las cuestiones sociales y políticas. Aun el mas fanático sectario de la economia política no puede creer formalmente en una solucion de la cuestion social por medios puramente materiales. La consecuencia directa del carácter de la Exposicion es la provocacion al materialismo. El aspecto de tantos y tan variados productos no recrea la vista é ilustra la inteligencia, sin que tambien presente atractivos para los goces sensuales. En resumen, esta Exposicion universal asegura, si se quiere, la union y la unidad material de los pueblos para poder hacer frente á la sublime unidad espiritual y moral del cristianismo.

Las fiestas de Roma al contrario llaman nuestra atención sobre lo único que nos importa. Frente á frente de los intereses políticos que reúnen á todos los soberanos de Europa alrededor de Napoleón III, en Roma se sancionan los principios eternos del derecho y de la justicia que son el fundamento de todos los imperios. La verdadera felicidad de los pueblos no será estable ni aun en el siglo diez y nueve, mientras los pueblos, marchando por la senda del progreso, no se perfeccionen con la práctica de los preceptos de la religión y de la caridad y demás virtudes cristianas, y mientras los principios fundamentales del derecho y de la justicia no formen el punto cardinal de la política de los príncipes.

El décimo octavo centenario de la muerte de San Pedro recae en una época grave y peligrosa para la Santa Sede. A principios de año se dudaba de que pudiera celebrarse la fiesta en Roma, pero afortunadamente han salido fallidos los vaticinios de los enemigos irreconciliables del poder temporal del Papa. La adhesión de los obispos al jefe de la cristiandad no ha sido nunca mas completa, y lo prueba patentemente el que tantos prelados, algunos de ellos de los confines de la tierra, hayan acudido al llamamiento de Su Santidad á pesar de numerosos obstáculos.

Pío IX ocupa hace veinte y un años el s^olio pontificio, y la grandeza é importancia de su pontificado se nos aparece con toda su gloria. Pocos Papas han reinado mas tiempo que Pío IX. La dominación de Roma va haciéndose universal, porque tiene por súbditos doscientos millones de católicos. ¿Qué ciudad puede compararse con Roma, centro de la verdad y capital del mundo católico? Ninguna ni en lo pasado ni en lo presente. Londres domina por el mercantilismo, París por las modas; pero Roma impera por la luz de la verdad.»

XXVI.

Roma 28 de junio.

Los obispos españoles, que se elevan ya al número de 55, han dado aquí pruebas del saber y celo que tanto les distingue. No solo han tomado parte muy activa en la redacción del mensaje,

sino que además han tenido influencia, acaso decisiva, en la inclusión de proposiciones de suma trascendencia. Yo no puedo menos de felicitar á nuestros Prelados por el alto puesto en que han colocado la honra de nuestra patria. La reacción que se va viendo por todas partes en favor de España, es muy considerable. Muchos extranjeros que antes nos despreciaban, empiezan á rectificar su concepto acerca de nosotros.

Hoy á las doce ha sido recibida por los cardenales de España y por el conde de San Luis, nuestro embajador, la comisión de españoles encargada de redactar la protesta de amor y sumisión que hemos de firmar todos para dirigirla al Soberano Pontífice. Forman esta comisión los deanes de Santiago, Cádiz, Calahorra, Vitoria y Oviedo, el chantre de Málaga Don Juan Nuñez; D. Valentín Ventades, rector del Seminario de Leon; D. Juan Bolaños, cura de San Millán en Madrid; Don Eusebio Sanchez, párroco de la diócesis de Almería, y algunos otros mas que no recuerdo. La comisión seglar la componen el ex-diputado á Cortes por las provincias Vascongadas señor Irizar, señor conde del Valle, y un señor jurisconsulto muy distinguido de Alcoy.

Todos los trenes de los ferro-carriles llegan atestados de viajeros.

Acaba de entrar en Roma el obispo de Quimper acompañado de gran número de sacerdotes pertenecientes á diversas diócesis. Las calles que conducen al Vaticano estan llenas de penitentes y de extranjeros, que con su variedad de trajes, de idioma y de fisonomía forman un conjunto bello y pintoresco.

Algunas poblaciones de Italia han debido quedar desiertas.

Las fiestas comenzaron al medio día. Los cañones del castillo de Sant-Angelo saludaron al pescador de Galilea, Rey de Roma y Jefe espiritual de la Iglesia, con una salva de cien cañonazos. Las campanas de todas las iglesias fueron lanzadas á vuelo por espacio de una hora. La población parecia enagenarse de entusiasmo al oír el estampido del cañon y el alegre sonido de las campanas. San Pedro es el santo mas popular en Roma. Todo el bien de los individuos y familias se atribuyen á San Pedro, y cuantas prosperidades disfrutaban los romanos son designadas por estos con el precioso nombre de *milagros de San Pedro*.

Los romanos consideran á San Pedro como protector de la

humildad, y á San Pablo como el castigador de la soberbia. Contribuye mucho á esta creencia el que San Pedro tenga en su mano las llaves del cielo y la inscripcion por debajo de algunas estatuas: *Hinc humilibus venia*, y el que San Pablo empuña la espada y debajo de su elicie haya la inscripcion: *Hinc retributio superbis*.

Por la tarde se cantaron en la basilica del Vaticano unas visperas solemnes con el ceremonial de costumbre, á las que asistió el Soberano Pontífice. Concluidas las visperas, el Padre Santo pasó en procesion á la Capilla Sixtina, precedido de los prelados y clérigos que en número inmenso asistieron á la funcion.

Al bajar la comitiva la escalera real, el procurador fiscal de la cámara apostólica se presentó delante del Papa para protestar, como es costumbre, contra los príncipes que se han sustraído al tributo de la Santa Sede. Pio IX. respondió pronunciando con voz entera y conmovedora la fórmula consabida que principia: *Protestationes admitimus*.

Al *Ave Maria*, hora en que en siglos anteriores oraban todos los católicos donde quiera que se encontrasen, la cúpula, la fachada y todas las columnas de la iglesia de San Pedro fueron brillantemente iluminadas con cinco mil ochocientos faroles á la veneciana de color blanco. Roma se hallaba en esta hora apostada en las calles que conducen al Vaticano, en el puente del castillo de Sant Angelo y sobre las colinas de los montes Janículo y Pincio. La iluminacion de la cúpula es la figura del triunfo de Pedro, es la tiara resplandeciente colocada sobre las tumbas de los Santos Apóstoles cuyo glorioso martirio se conmemora.

En realidad de verdad, es admirable ver aparecer en lo alto de la cruz, puesta sobre la bola, á aquella extraordinaria altura, una luz brillante y comunicarse en pocos segundos á toda la cúpula, fachada y columnata, convirtiéndolo en un palacio de fuego y haciendo desaparecer la luz de los farolillos con el vivísimo resplandor de la nuevamente encendida. Parecióme cosa de hadas, espectáculo digno de la fama con que iba precedido, y de un efecto brillante y poético en grado extraordinario. Una salva de aplausos nutrida, espontánea, resonó en la inmensa plaza, y poco despues la multitud compacta, y paso á paso, regresaba á sus hogares, vol-

viendo frecuentemente la cabeza para contemplar aquella escena de fuego, y admirando desde el puente de Sant Angelo la hermosa vista del signo de redencion resplandeciente en lo alto de la cúpula sobre el fondo estrellado de un cielo purísimo, como solo se vé en nuestra España muchas veces, y sobre todo en esta privilegiadísima tierra, asiento apostólico de la fé cristiana.

XXVII.

Triunfo de San Pedro..

DIA 29 DE JUNIO.

Amaneció el día sereno y el sol resplandeciente y como regocijado doraba á las cinco de la mañana las cúspides de las colinas de la ciudad inmortal, contrastando el hermoso azul del firmamento los encantadores pinos de la comarca romana. Apenas el alba ha apuntado, cuando el ruido de coches y el abrir y cerrar de puertas han indicado claramente, junto con el estampido de los cañones de Sant Angelo, que estaba el vecindario de fiesta y que era preciso lanzarse á la calle para no llegar el postrero al lugar de la ceremonia.

En el castillo de Sant Angelo ondea el pabellon de la Santa Iglesia, cuyos colores son el rojo y amarillo. Estos colores los recibió la Iglesia de los Césares antiguos con el imperio del mundo. Los emperadores de Alemania en su calidad de jefes del Santo Imperio romano, habian recibido esos colores de la antigua Roma y les agregaron el negro en señal de duelo por la pérdida de Constantinopla.

El trecho que media desde la plaza de España al Vaticano, y otro tanto sucederia en las diversas vias que á aquel punto dirigen, se hallaba materialmente atestado de viandantes y carruajes, y en el puente era un cruzar continuo de lujosas carrozas y carretelas pertenecientes á los cardenales, arzobispos y obispos ó á los diplomáticos extranjeros y elevados funcionarios pontificios. Pausadamente se ganaba la plaza y al llegar á ella una vez mas podian los forasteros convencerse de su capacidad al verla llena á medias á pesar del inmenso gentio que hácia ella se estaba encaminando.

El problema que se ofrecía primero á la imaginación era el de poder disfrutar de la procesion general y penetrar luego bajo las bóvedas de la basilica.

La procesion se verificó con una solemnidad indecible; la concurrencia de quinientos Prelados, muchos miles de clérigos é inmenso número de seglares por un lado y por otro la multitud que, llena de piedad, permanecía apinada en balcones, calles y plazas, ofrecía un espectáculo que la imaginación mas galana y rica no puede describir con exactitud.

Pero el grupo magnífico, sublime y conmovedor era el que formaba el Soberano Pontífice, conducido en la *silla gestatoria*, cubierta su blanca cabeza con la mitra de oro en traje pontifical, y rodeado de la corte pontificia. Es imposible figurarse á no haberlo visto, la majestad de Pio IX, como es imposible haberlo visto, y no esclamar: «Este es el Obispo de los obispos, el Vicario de Aquel *qui habet in vestimento et in femore scriptum: Rex regum et Dominus dominantium.*»

Al verlo, todos prorumpen en exclamaciones y aplausos. La muchedumbre se agita; millares de pañuelos se echan al aire, y el sordo murmullo de lejanas aclamaciones llega al oído como el mugido del mar.

El Padre Santo ha entrado en el templo al son de las trompetas de plata y del canto del himno *Tu es Petrus*. El aspecto general principal de la nave, toda iluminada y adornada de colgaduras y pinturas, es deslumbrador.

Casi á la entrada, la cruz vuelta de Pedro, coronada con las llaves y la tiara, resplandecía con las mil luces encerradas en vasos de cristal. Mas allá la estatua del primer Apóstol se veía revestida con la tiara y los ornamentos sagrados. De lo alto, encima de los capiteles de las columnas, pendían las banderas alegóricas que representan los principales milagros de los veinticinco bienaventurados inscritos hoy en el Catálogo de los Santos.

Añádase á esta pompa material el espectáculo de inmensa multitud, cerca de quinientos obispos rodeando á Pio IX, y al mismo Pio IX en el altar celebrando los misterios y elevando la Sagrada Hostia: ¡dónde hay un triunfo mas admirable! La misa solemne duró cinco horas.

Los chantres de la Capilla Sixtina han acreditado y aun escudado su antigua reputación; nada es comparable á la belle-

za de *Tu es Petrus* que se cantó en el ofertorio. De la cúpula salían voces que parecían venir del cielo, y á ellas contestaban hácia el ábside otras que parecían salir del fondo de la tierra; entablóse una especie de diálogo parecido al que el Evangelio de este día nos recuerda entre Nuestro Señor y San Pedro.

Cantado el Evangelio en lengua latina y griega, el Papa se puso la tiara y pronunció una homilia sobre la solemnidad del día. Bastaba, no ya entender sus palabras, sino oír solamente el simpático timbre de la voz de Pio IX, y ver su semblante lleno de inspiración evangélica, su gesto sobrio y majestuoso, para sentirse profundamente conmovido.

Después del credo y ofertorio, las oblacones fueron presentadas al Papa por los cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos, asistidos de los gentiles hombres, de los postuladores y de los religiosos de la orden á que han pertenecido los Santos.

Se sabe que habia tantas oblacones como bienaventurados canonizados, y que cada una consiste en cinco cirios donde están esculpidas las armas del Pontífice y de la orden, en dos bandejas, en un barril de oro y otro de plata, en tres jaulas con tortolillas, palomas y pajaritos, objetos todos cuya significación mística está llena de una poesía y de un encanto particulares, como lo está todo lo que pertenece á la Iglesia.

El resto del Pontifical es conocido; no hay mas diferencia de lo que sucede ordinariamente sino que se ha acrecentado la solemnidad con la pompa que le daba la presencia del Sagrado Colegio y de quinientos obispos.

Después de recibir la obediencia de los cardenales, Pio IX invocó á la corte celestial. La Iglesia ha cantado las letanias de los Santos, después el soprano de la capilla pontificia ha entonado el *Veni creator*, al cual ha contestado todo el pueblo. En seguida el Pontífice, obrando como Jefe supremo de la Iglesia universal, ha pronunciado las palabras de la canonización.

Inmediatamente ha resonado en la vasta basilica el canto triunfal del *Te Deum* en medio del ruido de los timbales y de salvas de artillería.

Advertíase el entusiasmo en todas las miradas, y no habia allí un corazón que no se sintiese feliz con ser cristiano.

De una carta fechada el día 29 en la Ciudad Santa, copiamos los siguientes párrafos:

«Cuando se ha soñado con magnificencias incomparables y vá uno á Roma en el día de San Pedro, se comprende la pobreza de la imaginacion humana. ¡Qué decir de estas fiestas que no sea pálido! Es preciso ver esta muchedumbre de vasos de colores cubriendo las grandes cornisas y hasta los mas pequeños ángulos de la vasta basilica; es preciso respirar este perfume de las oraciones y del incienso; es preciso, sobre todo, ver la augusta faz del Pontífice, oír la voz de este anciano de setenta y cinco años, que llena la inmensa nave de San Pedro.

«Al salir el Padre Santo se ha parado en medio de la nave de la basilica, y allí ha mandado traer el ritual sagrado y ha renovado la excomunion y censuras lanzadas contra los invasores de los dominios de la Santa Sede y contra los que han cooperado á esta obra de iniquidad. La muchedumbre atenta podía comparar al despojado con el despojador. ¿A quién le ha quedado el poder y la autoridad?»

XXVIII.

San Pablo.

El 30 de junio, Roma ha salido fuera de Roma, y llenado el camino de Ostia, que conduce á San Pablo. Dos buques de vapor trasportan á lo largo del Tiber las muchedumbres, y las desembarcan junto al pórtico de la basilica. En el camino, pasada Santa Maria *in Cosmedin*, está, con sus jardines, la casa de las hermanas de la caridad. La casa se halla adornada con gusto especial y delicadeza suma. En la fachada flotan tres estandartes: uno tiene en el centro las armas de Pio IX; los otros dos las figuras de San Pedro y San Pablo; las paredes se hallan cubiertas de verdura y medallones que representan la tiara y las llaves con las inscripciones siguientes, relativas al Príncipe de los Apóstoles: *Os Christi-Rex pacificus-Rex incomparabilis etc.* Cuando el Papa pasó por delante del establecimiento, sus piadosas moradoras se hallaban

de rodillas en el camino. Pio IX les saludó con afabilidad y les bendijo repetidas veces.

La iglesia de San Pablo estramuros presentaba un aspecto deslumbrador. Nadie esperaba una cosa comparable con la de San Pedro. Para algunos romanos, el aspecto de esta basilica ha sido una especie de revelacion. Los mármoles de esta basilica son sumamente tersos, y las diez mil luces que arden en ella distribuidas por todo el templo.

El Papa mandó que se espusiese á la contemplacion del público un inmenso mosaico que representa al Salvador Jesus rodeado por San Pedro y San Pablo, y se halla en el exterior de la basilica. Nada refleja mejor la gloria celeste que estas pinturas primitivas, cuyos personajes se ofrecen á la contemplacion en actitudes sumamente graves y majestuosas.

Monseñor Ballerini, arzobispo de Alejandria *in partibus*, celebró la misa solemne, á la cual asistió el Papa rodeado del episcopado del Sagrado Colegio y de la corte.

Se colocaron allares provisionales en la naves laterales, para que el mayor número posible de sacerdotes pudiese satisfacer su devocion; y el Padre Santo concedió á los eclesiásticos la facultad de celebrar el Santo Sacrificio desde las dos de la mañana hasta las dos de la tarde, ambas inclusives. ¡Cuántas fervorosas plegarias no se elevaron en esas horas al cielo! ¿Dudaremos de que Dios se muestra clemente y misericordioso al permitir que se hagan en paz estas sublimes manifestaciones religiosas que proclaman su gloria y la gloria de Cristo en Pedro y en Pio IX?

XXIX.

Inscripciones en honor de Pio IX.

Roma 1.º de julio.

El camino que conduce á San Pablo está lleno de inscripciones en favor de Pio IX, que la multitud no nos permitió contemplar ayer. Estas inscripciones adornan las calles desde el convento de San Vicente de Paul, y son todas consagradas á celebrar el Primado de Pedro. Hé aquí las mas principales, tomadas de los Santos Padres de la Iglesia:

Pater Patrum.
Universalis Patriarcha.
Primatu Abel.
Patriarchatu Abraham.
Ordine Melchisedech.
Auctoritate Moyses.
Dignitate Aaron.
Judicatu Samuel.
Unctione Christus.
Sacerdotii sublime fastigium.
Orbis terrarum magister.
Summus omnium Præsumtum Pontifex.
Religionis caput et honor.
Caput orbis et mundi.
In plenitudine potestatis vocatus.
Pastor pastorum omnium.
Portus fidel.
Sacerdos magnus.
Potestate Petrus.
Claviger domus Domini.
Janitor Ecclesiæ.
Christi vicarius et fratrum confirmator.
Apostolico culmine sublimatus.
Princeps Episcoporum.
Ecclesiæ sumus Pontifex.
Caput orbis.
Hæres apostolorum.
Episcoporum refugium.
Vinculum unitatis.
Christianorum dux et magister.
Os Christi.
Vineæ custos dominicæ.
Ecclesiæ firmamentum.
Caput omnium Ecclesiarum.
Rex incomparabilis et pacificus.

El Papa ha celebrado esta mañana el Santo Sacrificio de la misa en el pequeño templo construido por Bramante, en el mismo lugar en que fué plantada la cruz en que sufrió el martirio San Pedro. Desde este lugar, pudo el apóstol ver antes

de morir la tumba en que habían de reposar durante los siglos sus cenizas y las de San Pablo.

En esta solemnidad los obispos han dirigido al Papa una especial salutación. Yo he visto á algunos hacer uso de la palabra.

Al lado de las fiestas religiosas están las civiles de todas clases. Las tropas pontificias y los obispos han tenido mútuas recepciones, en las que ha reinado una cortesania católica, hija de la mas acendrada caridad.

Ayer tarde Pio IX ha abierto sus salones al episcopado y á la nobleza romana. Es imposible asistir á reunion mas brillante por la union íntima en medio de la variedad exterior de los concurrentes. Los nobles asistieron con sus uniformes á la antigua usanza y los demás de la aristocracia con sus elegantes trajes y con la multitud, y adornados de diamantes y perlas.

Esta reunion es digna de estudio. El obispo de Nankin podia conversar con el de San Francisco; el de América con el de la Australia y decirse:

«Un mismo sentimiento, el amor á la unidad de la Santa Iglesia, nos ha conducido aquí.» Los obispos orientales, con sus blancas barbas, su actitud grave y pacífica, y sus majestuosas maneras, ofrecen un grave espectáculo. Los ingleses y americanos se distinguen por la amabilidad propia de su pais; los italianos, españoles, alemanes, franceses, todos presentaban un cuadro distinguido y sublime.

XXX.

Mensaje de los Obispos del mundo católico al Papa.

Antes de partir de la ciudad eterna los Prelados allí reunidos, para dar el magnífico testimonio de la unidad de la Iglesia, que ha dejado absortos á los mismos corifeos de los impios, elevaron á Su Santidad el siguiente mensaje, donde brilla toda la luz de la fé, toda la cierta esperanza y sobrenatural caridad que atesoran los buenos adalides de Cristo, los

caudillos de Israel, que militan en el vasto campo de batalla en que hoy está convertida la tierra.

Así hablan los Sres. Obispos:

«Santísimo Padre: Nuevamente vuestra voz apostólica ha llegado á nuestros oídos; nuevamente nos ha anunciado el triunfo de la eterna verdad en esa gloria con que van á resplandecer muchos habitantes bienaventurados del cielo, trayendo al mismo tiempo á nuestra memoria la antigua honra de la Ciudad Eterna, consagrada por el martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, cuyo aniversario secular, que toca este año, llena hoy de júbilo al universo cristiano, y eleva el ánimo de los fieles á la alta y benéfica contemplación de las grandes cosas.

«Nosotros no hemos podido oír la amable invitación de Vuestra Santidad al llamarnos á estas magníficas fiestas, sin recordar aquellas otras solemnidades que celebramos aquí mismo hace cinco años, en torno del Trono Apostólico, y sin sentir que revivía en nosotros el agradecido recuerdo de la bondad, de la caridad paterna y de las delicadas consideraciones con que nos acogisteis y nos abrazasteis entonces en la alegría de tan dichosa coyuntura.

«Ese recuerdo tan dulce, unido al llamamiento de un Padre tiernamente amado, que, sin ordenarlo, expresaba un deseo, es lo que nos ha hecho tomar alegremente el camino de Roma, con esa buena y vivísima voluntad de que teneis, Santísimo Padre, un brillante testimonio en la numerosa asamblea de Obispos, congregada por tercera vez á vuestro alrededor, y en los sentimientos unánimes de piedad filial y de adhesión respetuosa con que circundan vuestra sagrada persona. El número de los Obispos presentes aquí es tal, en efecto, que con dificultad podría hallarse en los pasados siglos algún raro ejemplo de una reunión tan considerable de Prelados; y, sin embargo, esa afluencia nada tiene que esceda á la grandeza de vuestra bondad y de vuestro afecto hácia nosotros, ni á nuestro amor y respetuosa obediencia hácia Vuestra Santidad.

«Esas mismas razones, Santísimo Padre, son las que nos escitan hoy, mas vivamente que nunca, á honrar con nuevos homenajes las eminentes virtudes por las cuales brilla la San-

ta Sede con nuevos fulgores, consolando también, por el Testimonio reiterado de nuestro amor y nuestra admiración á vuestra augusta persona, cuyo valor extraordinario puede, si, sentir el peso de las pruebas dolorosas que le estrechan, pero no puede ser conmovido por ellas.

«Hay también en esto otra ventaja de gran precio para nosotros, y que hemos tenido presente al responder á vuestro llamamiento: hemos querido, bajo la dulce mirada de vuestra paternidad, poder reconfortar nuestros propios corazones, profundamente heridos por todos los males que sufre la Iglesia; de modo que, lo que hemos venido á buscar en Roma, por nosotros como Vos, Santísimo Padre, son motivos comunes de consuelo y regocijo.

«¿No es ya gran motivo de santo júbilo el que nos ofreceis inscribiendo en los fastos de los Santos, durante estos días, tantos nombres nuevos, y dando así á los hombres la gran enseñanza de que la celeste fecundidad de la Iglesia es inagotable! Vos, Santísimo Padre, nos mostráis á esta Santa Iglesia adornada de la sangre gloriosa de los mártires vencedores de la muerte, revestida como de blanca túnica, con las puras virtudes de las vírgenes, y llevando en su frente una corona, en la que no faltan ni las rosas ni las lises.

«Al hacer que brillen así á los ojos de los hombres las celestes recompensas de las virtudes, les enseñáis á separar la vista del espectáculo de las vanidades mundanas, para fijarla en el grato fulgor del cielo; y en tanto que los hombres triunfan y se glorifican por las maravillas de su genio y de sus artes, Vos, levantando el estandarte victorioso de la santidad, les advertís que miren á mayor altura que esa pompa fascinadora de las cosas visibles y de las fiestas terrestres, elevando sus ojos hasta Aquel que es la fuente de toda sabiduría y de toda belleza, á fin de que aquellos á quienes se dijo: «Haced vuestra la tierra, y dominad sobre ella,» no se embriaguen con ese imperio, hasta el punto de olvidar el gran precepto, que es la ley suprema: «Adorareis al Señor, y solo á El le servireis.»

«Pero en tanto, con los ojos levantados hácia la celestial Jerusalén, que festeja la glorificación de sus nuevos Santos, nosotros reconocemos y proclamamos humildemente las maravillas del Señor, y nos sentimos mas y mas escitados á cele-

brar esas maravillas por la solemnidad secular de este día, que ofrece á nuestra contemplacion la firmeza de la inquebrantable piedra sobre la cual Nuestro Señor y Redentor asentó el vasto é inmortal edificio de su Iglesia.

«Porque tenemos aquí ante la vista el admirable efecto del poder divino. Diez y ocho siglos há, entre tantos choques y tantas adversidades, en medio de los continuos ataques de tantos enemigos, la Cátedra de San Pedro, órgano sobre la tierra de la verdad, centro de la unidad, fundamento y baluarte de la libertad de la Iglesia, es sostenida siempre incólume; de suerte que en tanto que los reinos y los imperios se levantan y se derrumban alternativa é incesantemente, la inmortal Cátedra subsiste siempre, aquí, en pié, como faro de salvacion en el mar tempestuoso de la vida humana, dirigiendo el derrotero de los mortales y mostrándoles con su luz la orilla y el puerto tranquilo de salvacion.

«Así, bajo la impresion, Santísimo Padre, de estos sentimientos y de esta fé, rodeándoos hace cinco años, os dirigimos la palabra y ofrecimos á Vuestra Santidad el testimonio tan merecido de nuestros homenajes, dejando oír públicamente la espresion de nuestros votos hácia vuestra persona sagrada para el mantenimiento del principado civil, y por la santa causa de la religion y de la justicia que defendeis. Esta misma fé es la que nos hizo decir entonces muy alto, de viva voz y por escrito, que la cosa mas cara y sagrada para nuestros corazones era creer y enseñar lo que Vos mismo creéis y enseñais, rechazando igualmente los errores que Vos rechazais; marchando con unanimidad bajo vuestra direccion por las vias del Señor; siguiendo el trabajo con Vos y combatiendo á vuestro lado por el Señor; dispuestos, por último, á desafiar en vuestra compañía todos los peligros y todos los reveses.

«Todo esto que nosotros declaramos entonces, lo confirmamos de nuevo en este momento con el mas profundo sentimiento de piedad filial, deseando que el mundo todo lo conozca; y recordamos al mismo tiempo con gratitud, felicitándoos con completa expansion, lo que habeis hecho desde entonces para la exaltacion de los fieles y la gloria de la Iglesia.

«Porque lo que en otro tiempo dijo Pedro: *Non possumus quæ vidimus, et audivimus non loqui*, Vos lo habeis tenido como deber sagrado y solemne, y habeis demostrado de indubi-

table manera que tal es siempre vuestro sentir. Así lo ha dicho en toda ocasion vuestra voz augusta. Anunciar las verdades eternas; herir con la espada de la palabra apostólica los errores del siglo que atacan al orden natural y sobrenatural, y amenazan los fundamentos de la Iglesia y del principado civil; desvanecer las tinieblas con que la perversidad de las nuevas doctrinas ofusca los entendimientos; proclamar intrépidamente, persuadir y recomendar todo aquello que es necesario y saludable para el individuo, para la familia cristiana y para la sociedad civil, tal es lo que Vos considerais como el deber principal de vuestro supremo ministerio, á fin de que todos conozcamos lo que debe creer, profesar y practicar un católico. Por la cual con benévola solicitud os manifestamos nuestro profundo reconocimiento; y creyendo que Pedro ha hablado por boca de Pio, todo lo que Vos habeis dicho, confirmado y anunciado, para guardar el sagrado depósito á Vos encomendado, nosotros lo decimos, confirmamos y anunciamos, y con voz y corazon unánimes rechazamos todo lo que Vos habeis considerado digno de reprobacion como contrario á la fé divina, á la salvacion de las almas y al bien mismo de la sociedad humana. Y profundamente grabado está en nuestra mente lo que los PP. del Concilio florentino, en el decreto de reunion, definieron acordes: «Que el Romano Pontifico es el Vicario de Cristo, la Cabeza de toda la Iglesia, el Padre y el Doctor de todos los cristianos, y á él, en la Persona de Pedro, fué dada por Nuestro Señor Jesucristo la plena potestad de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.»

«Mas Vos teneis aun otras causas que oscitan nuestro afecto y nuestro reconocimiento hácia Vos. Gran motivo de alegre admiracion es para nosotros esa heroica virtud con que, resistiendo á las funestas maquinaciones del mundo, os habeis esforzado por mantener en el camino de la salvacion al rebaño del Señor, fortalecerlo contra las seducciones del error, y defenderlo contra la violencia de los poderosos y la astucia de los falsos sabios.

«Admiramos ese celo infatigable con el que, estrechando, en vuestra apostólica solicitud, los pueblos de Oriente y Occidente, jamás cesais de promover el bien de toda la Iglesia. Admiramos, en fin, la magnífica imágen del Buen Pastor que presentais al género humano, cada vez mas estraviado, conmoviendo

con tan hermoso espectáculo á los mismos enemigos de la verdad, y alrayendo á Vos las miradas, aun de los que no quieren ver, en fuerza de la dignidad y magnificencia de vuestros hechos.

«Continuad, pues, en el ejercicio del cargo de Vicario del Pastor de los pastores, defendiendo, confiado en Dios, las partes de vuestro ministerio; continuad apacentando con pastos de vida eterna las ovejas confiadas á Vos; continuad curando las llagas de Israel y recogiendo los corderos de Cristo que se habian extraviado. ¡Quiera el Señor omnipotente que todos aquellos que, desconociendo vuestro amor y vuestro ministerio, se resisten todavía á vuestra voz, viniendo á mejor acuerdo, volviéndose por último á Vos, cambien vuestro duelo en alegría! ¡Ojalá que aumenteis, cada día mas, merced á la divina misericordia los frutos de vuestro cuidado pastorall ¡ojalá que estendais cada vez mas la conversion feliz de las almas que diariamente se está verificando por vuestro ministerio! y ¡ojalá que Vos conserveis, por la fuerza de vuestra virtud y el éxito feliz de vuestras fatigas, las almas á Cristo, y dilateis los confines de su reino, y podais, en verdad, esclamar con el Señor y Maestro: *Omne quod dat mihi, Pater, ad me veniet!*

«Ya tenemos, Beatísimo Padre, señales de tiempos mas laudables y felices. Anúncialos el amor con que los fieles de todas las naciones se muestran dispuestos á sufrir todo por Vos, mientras que anhelan poder consumir y sacrificar las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y hasta la vida misma, en defensa de los derechos de la Iglesia y para gloria de la Sede Apostólica. Anúncialos el respeto de todas las almas católicas que atentamente tienen vueltos á Vos los ojos, que acogen alegres los oráculos de la Sede Apostólica, y se glorian de someterse á ella con firmísimo asentimiento y obsequio. Anúncialos el cariño filial con que el pueblo cristiano, siguiendo las huellas de los fieles que en los antiguos tiempos depositaban espontáneamente sus haciendas á los piés de los Apóstoles, ha venido en ayuda de vuestra estrechez, sin cesar todavía de remediarla en lo posible. Profundamente conmovidos contemplamos estas pruebas de piedad filial, resueltos á procurar sin tregua que este sagrado fuego encendido en el corazón de los fieles se alimente y se propague, y que, animados ellos con nuestro ejemplo y con el de todo el clero, promuevan todos

esta benevolencia y esta liberalidad, y os suministren los auxilios temporales con los que podais procurar mas plenamente su salvacion.

«Al propio tiempo que estamos profundamente conmovidos ante la piedad de todos los fieles hácia Vos, Beatísimo Padre, sentimos particular alegría ante la fé, ante el amor y la veneracion que sienten los dignos habitantes de la Ciudad Eterna hácia Vos, su Padre, hácia Vos, su indulgentísimo Soberano. Pueblo feliz y verdaderamente sabio. Él, que conoce cuánta gloria, cuánto esplendor le proporciona estar constituida en Roma la Silla de Pedro; pueblo feliz, que comprende que la bondad divina no tiene para él otros limites que aquellos que él mismo señale con su veneracion y su amor á su Santísimo Soberano. Sustenta en tu corazón, ¡oh pueblo romano! ese nobilísimo sentimiento; dure siempre y no se quiebre nunca tu piedad: sea esta ciudad que el mundo cristiano reconoce como capital de todas las demás ciudades, ejemplo de todas ellas; florezca con todos los dones y con todas las gracias celestiales, y sea feliz en virtudes y riquezas.

«Beatísimo Padre: el esplendor de vuestro pontificado, no solo ilumina vuestra ciudad, sino el mundo entero; y tanto nos conmueve su admiracion, que de ella creemos deber tomar ejemplo para nuestro sagrado ministerio. Mas no menos profundamente conmueve nuestro corazón la suavidad de vuestra voz, que seduce nuestra mente la imagen de vuestras virtudes pontificales. De aquí que, llenos de suma alegría, hayamos escuchado de vuestra sagrada boca que, á pesar de los peligros de nuestros días, teneis el designio de convocar un Concilio ecuménico, «el mayor remedio,» como decia vuestro inclito predecesor Paulo III, en los «mayores peligros del cristianismo.»

«Favorezca el Señor este proyecto que Él mismo os ha inspirado, y los hombres de nuestros días que, débiles en la fé, buscando siempre y no encontrando nunca la verdad, son agitados por todo viento de doctrina, tengan en este sacrosanto sinodo ocasion muy favorable para entrar en la Iglesia santa, columna y base de la verdad, y de conocer la fé que salva, y de desechar perniciosos errores; y con la ayuda de Dios y con la intercesion de su Madre inmaculada, sea este Concilio obra grande de unidad, de santificacion y de paz, que propor-

cione nueve esplendor á la Iglesia y un nuevo triunfo al reino de Dios

«Sirva esta misma obra de vuestra providencia para poner nuevamente de manifiesto al mundo los inmensos beneficios que el Pontificado proporcionó en todos tiempos á la sociedad humana. Sepan todos que la Iglesia, por lo mismo que está fundada sobre solidísima roca, tiene la fuerza necesaria para disipar los errores, corregir las costumbres, reprimir la barbarie, y se llama y es verdaderamente la Madre del mundo civilizado. Sepa el mundo que en este ilustre ejemplo de autoridad divina y de obediencia, debida á la misma, que ofrece la institución divina del Pontificado, está establecido y consagrado todo aquello que consolida los fundamentos y duración de las sociedades todas.

«Cuando así lo comprendan los príncipes y los pueblos, no permitirán que vuestro muy augusto derecho, sanción segurísima de toda autoridad y de todo derecho, sea impunemente hollado; y procurarán garantizaros la libertad del poder y el poder de la libertad, que tengais los medios de ejercer vuestro sublime y para ellos favorable ministerio; no permitirán que se ahogue vuestra voz al dirigirse á la grey de la Iglesia santa, para que, privados los fieles del pasto de la verdad eterna, no perezcan miserablemente, y relajados los vínculos de la obediencia y del respeto al divino magisterio que en Vos reside, no sea hecha pedazos, con daño evidente del poder civil, esa misma autoridad, por la que reinan los reyes y los legisladores decretan cosas justas. Esto espera nuestro corazón; este es el objeto continuo de nuestras oraciones.

«Valor, pues, Beatísimo Padre; proseguid conduciendo con mano firme, como hasta ahora lo habeis hecho, la nave por medio de las tempestades. La Madre de la Divina gracia, saludada por Vos con un título bellissimo de honor, protegerá vuestros pasos con su intercesión; será para Vos la estrella del mar, mirando á la cual con absoluta confianza, como acostumbrais, no dirigireis en vano los pasos hácia Aquel que quiso venir por medio de ella á nosotros.

«A favor vuestro estarán los celestes coros de Santos, cuya bienaventuranza, justificada con grande ardor y continuo esfuerzo apostólico, habeis proclamado en estos días y en años pasados con gran contentamiento de todo el mundo. Os asisti-

rán los Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo, coadyuvando á vuestra solicitud con sus poderosas plegarias. Sobre la popa en que vais sentado estaba en otro tiempo Pedro. Él intercederá con el Señor para que esta misteriosa nave, que por sus oraciones ha bogado ya durante diez y ocho siglos por el mar profundo de la vida humana, continúe felizmente su derrotero, guiada por Vos, hasta entrar un día á toda vela en el puerto celestial, con la preciosísima carga de almas inmortales. Y para obtener este feliz resultado, Vos, Beatísimo Padre, tendreis en todos nosotros otros tantos participantes de trabajos, oraciones y fatigas; y como primicias de esta fiel cooperación, suplicamos á la bondad divina que os colme de celestiales bendiciones, que sostenga y afirme vuestras fuerzas, que enriquezca los años que os quedan con nuevas conquistas espirituales, y que haga, por último, que vuestra vida se prolongue sobre la tierra, y llegue un día á ser bienaventurada en el cielo.»

XXXI.

Contestacion de Pio IX al mensaje de los Sres. Prelados.

«Venerables hermanos: De grande alegría, aunque bien podia esperarse de vuestra fe y adhesión, nos ha servido en todo tiempo la noble concordia con que habeis protestado siempre, á pesar de hallaros separados y distantes los unos de los otros, de profesar y defender lo que Nos enseñamos como verdad, y de condenar lo que Nos condenamos como error esparcido para ruina de la sociedad religiosa y civil. Mas, ahora que os hallais reunidos, nuestra alegría es mucho mayor al escuchar de vuestros labios las mismas manifestaciones y al recibir las mismas protestas de un modo mas amplio y solemne; porque estas vuestras múltiples demostraciones de amor y de homenaje, demuestran mucho mejor que las palabras cuáles son vuestras disposiciones y cuál vuestro afecto hácia Nos.

¿Por qué causa si no habeis secundado con tan buen ánimo

nuestro deseo, y despreciando toda clase de incomodidades, os habeis apresurado á venir junto á Nos de todas las partes del mundo? Harta notoria os era, en efecto, la solidez de aquella piedra sobre que fué edificada la Iglesia, y harto clara su virtud vivifica, ni tampoco ignorábais cuan esclarecidos testimonios son de ambas cosas la canonizacion de los héroes cristianos. Dos motivos, pues, os han traído á celebrar esta fiesta: el de dar mayor brillo á la sagrada ceremonia, y el de atestiguar en nombre de todos los fieles, no solo con vuestra presencia, sino tambien con vuestras terminantes protestas, que existe aun la misma fé que hace diez y ocho siglos, que los mismos vínculos nos unen, que la misma virtud brilla en la cátedra de la verdad. Habeis tenido á bien encomiar nuestra pastoral solicitud y nuestros esfuerzos para difundir la luz de la verdad, por disipar las tinieblas del error, por librar de la perdicion á las almas redimidas con la sangre de Cristo, y así lo habeis hecho para que, con las palabras y declaraciones conformes de los propios maestros, el pueblo cristiano se confirme cada vez mas en el obsequio y amor hácia esta Santa Sede, y á ella tambien dirija mas fijamente sus miradas.

Despues de coleccionar limosna en todas partes, habeis venido á sostener nuestro Principado, con tanta perfidia combatido, para demostrar con este clarísimo hecho y con las ofrendas recogidas en todo el orbe católico la necesidad del poder temporal para el libre gobierno de la Iglesia. Tambien habeis tributado merecida alabanza á mi querido pueblo romano, y á las pruebas inequívocas y preclaras de su respeto y amor á Nos, con el objeto de animarlo, de vindicarlo de las calumnias que se le han levantado y lavarle de aquella torpe nota de sacrilega traicion que pretenden echar sobre él cuantos, bajo el pretexto de conseguir la felicidad del pueblo, se esfuerzan en arrojar de su trono al Romano Pontífice. Y mientras que procurais acrecentar la union entre las Iglesias con mas estrechos vínculos de reciproca caridad por medio de este lazo, conseguis tambien henchiros de mas abundante espíritu evangélico junto á las cenizas de los beatísimos Pedro, principe de los apóstoles, y Pablo, doctor de las gentes, y volver con mas bríos para romper la falanjes enemigas, para defender los derechos de la religion, para aumentar el espíritu de caridad en los pueblos que os están confiados.

Manifiéstase ese voto mas claramente en el comun deseo del concilio ecuménico que todos habeis considerado, no solo utilísimo, sino hasta necesario. En efecto; desenterrando la humana soberbia antiguas audacias, esfuérase bajo pretexto de un vano progreso en construir la ciudad y la torre, cuya cúspide llega al cielo, para poder echar abajo al mismo Dios; pero el Señor al cabo parece decidido á impedir esta obra, y á confundir de tal suerte las lenguas de los constructores, que el vecino no pueda entenderse con su vecino. Tal es, en efecto, el espectáculo que presentan las vejaciones de la Iglesia, la condicion lastimosa de la sociedad civil y la perturbacion completa en que vivimos. A tan gravísimas calamidades, solo puede oponerse la divina virtud de la Iglesia, que nunca mejor se manifiesta que al reunirse los obispos, convocados por el Sumo Pontífice, para tratar bajo su presidencia de las cosas eclesiásticas en el nombre del Señor. Grandemente nos hemos alegrado de que, previniendo nuestros deseos, hayais recomendado esta sagrada reunion al patrocinio de Aquella bajo cuyo pié fué puesta desde el principio de las cosas la cabeza de la serpiente, y que destruye sola toda clase de herejías.

En satisfaccion del comun deseo, desde ahora anunciamos que el Concilio que está para abrirse, se constituirá bajo los auspicios de la Virgen, Madre de Dios, limpia de todo pecado, y que será abierto el día en que se conmemora este privilegio á ella concedido. ¡Quiera Dios y quiera la Virgen Inmaculada que podamos sacar de tan saludable proyecto copiosísimos frutos! Y entre tanto interponga Maria su poderoso valimiento, á fin de alcanzar para Nos en las presentes circunstancias los auxilios necesarios, y movido Dios por sus plegarias, derrame sobre nos y sobre toda su Iglesia los tesoros de su misericordia.

En cuanto á Nos, con profundo sentimiento de gratitud y amor, con todo corazón pedimos á Dios cuanto pueda contribuir á vuestro bien espiritual, al adelantamiento de los pueblos que os estáa confiados, á la defensa de la religion y de la justicia, y á la tranquilidad de la sociedad civil. Y sabiendo Nos que algunos de vosotros, estrechados por las especiales necesidades de los pueblos respectivos, están para separarse pronto de Nos, si por la angustia del tiempo no nos es posible abrazarlos singularmente, desde ahora mismo les deseamos de

todo corazón entera felicidad. A todos, también, como auspicio de todas las gracias y de copioso auxilio divino, y al mismo tiempo en testimonio especial de nuestra gratitud y benevolencia, les damos de lo íntimo de nuestro corazón y con verdadero afecto la santa apostólica bendición.»

XXXII.

Homenaje de cien ciudades de Italia.

El Padre Santo recibió el 1.º de julio en una de las salas del Vaticano á 1,500 italianos que habían ido á entregarle un Album y la ofrenda de cien ciudades de Italia.

Segun una carta de Florencia asciende la cantidad tributada al Papa por las cien ciudades, á cerca de un millon de liras.

L' Univers refiere que en el momento de presentarse Pio IX hubo en la sala un movimiento indescriptible: aclamaciones, aplausos, gritos de entusiasmo y lágrimas de emoción y de amor. El joven conde Boschetti leyó entonces una manifestación que fué interrumpida repetidas veces con muestras de aprobación.

«El pueblo italiano, decía la manifestación, está lleno de veneración por vuestra persona sagrada, y los que pretenden que os es contrario lo calumnian y mienten. Se han empleado todos los medios para arrancarle del corazón estos sentimientos de adhesión; las vejaciones, la cárcel y los domicilios forzosos. Pero en vano: ha bastado una simple invitación á las cien ciudades para que en todas las clases se encendiese el deseo de daros testimonios públicos de afecto. El extraordinario número de suscritores, sus votos recogidos en el Album que os presentamos y sus ofrendas patentizan al mundo sus sentimientos. Nos regocijamos al ofrecer os la expresión de estos sentimientos del pueblo. Sabemos que «el Pontificado es y fué siempre el sosten y la defensa de toda justicia, como sabemos que fué y es la honra y la gloria más esplendente de nuestra patria.»

El Papa, añade el *Univers*, contestó á poca diferencia en estos términos:

«En esta antigua pared está representado el Arcángel en-

vainando la espada, que es como en otro tiempo anunció que había cesado la peste. Me parece ya verle envainando otra vez la espada para obedecer los divinos decretos, porque hoy empieza la hora de la misericordia.»

«A principios de este siglo, en este mismo día, tropas enemigas invadieron esta ciudad, y uno de mis predecesores tuvo que ocultarse y después ir desterrado, «perseguido por enemigos parecidos á los que quisieran en el día arrancar de nuestros corazones nuestra santa fé, bajo el pretexto de la felicidad de la patria.»

«Mas adelante, también en este día, pues han empezado las vísperas del 2 de julio, tropas libertadoras entraron en esta santa ciudad para dispersar «á los enemigos de Dios y de su Iglesia, que pretendían abolir en esta ciudad santa, centro de la fé católica, el reinado de Jesucristo.»

«Han dicho que ese día sería fatal para Roma; y yo digo que ha comenzado ya la hora de su triunfo.»

Su Santidad terminó dando la bendición á los comisionados, á todos los que contribuyeron á la ofrenda y á sus familias: Miles de pobres aldeanos de las Calabrias, las Marcas y la Umbria que fueron á Roma, unos á pié, otros en carromatos á pesar de los grandes calores, atestiguan el poderoso amor que profesan á Pio IX.

XXXIII.

Palabras de Napoleon III.

En el mismo día en que el Papa recibía tan inequívocas muestras de respeto y cordial adhesión, el Emperador de los franceses en el Palacio de la Industria pronunciaba las siguientes cláusulas:

«Los poetas de la antigüedad celebraban con gran pompa los solemnes juegos á donde los pueblos de Grecia acudían á disputarse el premio de la carrera. ¿Qué dirían hoy si asistiesen á esos juegos olímpicos del mundo entero, en que todos los pueblos luchando con la inteligencia parece que se lanzan juntos en la senda infinita del progreso para alcanzar un ideal al que se acercan sin cesar, sin jamás poder alcanzarle?»

«De todos los puntos de la tierra han acudido aquí los representantes de la ciencia, de las artes y de la industria, y puede decirse que pueblos y reyes á la vez han venido á honrar los esfuerzos del trabajo y á coronarlos con su presencia con una idea de conciliacion y de paz.»

¿Quién cree sin embargo ahora en la eficacia pacífica de esos juegos olímpicos celebrados en la ostentosa capital de Francia?

¿Quién no presente en que muchos de los objetos espuestos en el Palacio del Campo de Marte van á convertirse en horribles instrumentos de desolacion y muerte?

XXXIV.

Ardides de caridad.

Grandes tribulaciones, cálices de muy acerba amargura ha tenido que apurar el paternal corazon de Pio IX, pero Dios tambien le ha enviado bálsamos de inefable energía, consuelos de dulcísima y refrigerante suavidad. Junto con los testimonios de filial amor recibidos de tantos millares de católicos como han ido á saludarle á Roma, todos los Sres. Obispos han acudido á tributarle socorros materiales, habiendo entre ellos algunos que lo han hecho de la manera mas ingeniosa y delicada. Además del obsequio ya indicado de los católicos de Cincinnati en los Estados Unidos, leemos en un periódico los dos siguientes bellísimos rasgos.

«Un anciano obispo de Australia entró á besar el pié del Santo Padre, infringiendo la etiqueta romana (que prohíbe la entrada en el palacio de Su Santidad con espada, baston, etc.), apoyado en un baston en forma de cayado y forrado de terciopelo encarnado: llega al sólio del Santísimo Padre, se postra ante él, y desgarrando el forro del baston, ofrece á Su Santidad un lingote de oro de valor de 100,000 francos.»

La segunda es todavía mas notable.

«Un obispo del Nuevo Mundo presenta al Santísimo Padre un pan de maiz colocado sobre una magnífica bandeja de plata, diciéndole: «Señor, los fieles de mi diócesis ofrecen á Vuestra Santidad este pan, símbolo del celeste que recibireis en el cie-

lo.» Pio IX le cogió entre sus manos y le partió. El pan estaba hueco y al partirlo Su Santidad cayeron al suelo mas de 18,000 florines de oro (unos 90,000 francos).»

XXXV.

Preguntas.

A los pobres de Paris, algunos de los soberanos que han visitado la Esposicion, tambien les han dejado cuantiosas limosnas. Del Gran Turco, se dice, que antes de partir para Inglaterra entregó con este objeto 70,000 francos; pero ¿qué soberano ha hecho á los pobres el bien moral, es decir, qué grano de virtud cristiana ha sembrado con sus brillantes ostentaciones, rodeado de nubes de dorados servidores, deslumbrando á las muchedumbres con el espectáculo de los bailes, de los banquetes, de las revistas y de las iluminaciones que se han dado en su obsequio?

La pasion del lujo, la devoradora llama del orgullo y de la vanidad, la concupiscencia de los ojos, de la carne y la soberbia de la vida, ¿acaso no han encontrado pábulo abundantísimo en ese certámen febril de fiestas materiales en que ha parecido como agotado el ingenio de los obsequiadores?

En el mundo hay ciertamente mucha indigencia, grandes necesidades materiales; pero la gran plaga que aqueja el corazon de los pueblos, el hambre misteriosamente profunda que padecen los hombres en este siglo, es hambre de justicia y de verdad.

XXXVI.

El Concilio.

La anunciacion del Concilio ecuménico indicado por el Papa, que habrá de tener lugar en una festividad de la Inmaculada, ha llenado de gozo á todos los católicos, que cantan con sagrado entusiasmo por Maria.

Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.

Para enlace de los antiguos tiempos eclesiásticos con los presentes, ofrecemos un brevisimo epitome de los Concilios generales de la Iglesia.

Hé aquí la série cronológica de dichos concilios con espresion de los Prelados que asistieron á ellos.

- 1.º El concilio de Nicea, en 325, contra los arrianos. Asistieron 318 obispos.
- 2.º El concilio de Constantinopla en 381 contra los macedonianos, 150 obispos católicos y 36 disidentes.
- 3.º El concilio de Efeso en 451 contra Nestorio y los pelagianos, 274 obispos.
- 4.º El concilio de Calcedonia en 451 contra Eutiques, 690 obispos.
- 5.º El concilio segundo de Constantinopla en 552 contra los errores de Orígenes, 155 obispos.
- 6.º El concilio tercero de Constantinopla en 680 contra los monotelitas, 105 obispos.
- 7.º El concilio segundo de Nicea en 787 contra los iconoclastas, 538 obispos.
- 8.º El concilio cuarto de Constantinopla en 869 contra Focio, 109 obispos.
- 9.º El concilio de Letran en 1125 para arreglar diferentes materias de disciplina, 300 obispos.
10. El concilio segundo de Letran en 1159 contra Arnaldo de Brescia y Pedro de Brius, 1000 obispos.
11. El concilio tercero de Letran en 1179 sobre disciplina y contra los valdenses, 300 obispos.
12. El concilio cuarto de Letran contra los albigenses en 1215, 412 obispos.
13. El concilio de Lion en 1245 se ocupó de asuntos eclesiásticos y de las cruzadas, 140 obispos, además de los cardenales y varios patriarcas.
14. El concilio segundo de Lion en 1274, para la reunion de los griegos, 500 obispos.
15. El concilio de Viena en 1311, celebrado para recobrar la tierra santa quedando estinguida la orden de los Templarios. Asistieron 116 obispos.
16. El concilio de Pisa, 1409, contra el gran cisma del Occidente: asistieron 22 cardenales, 24 arzobispos, 182 obis-

pos, y mas de 500 entre abades y teólogos. Algunos escritores controvier ten la autoridad ecuménica de este concilio; pero Bertí en su historia eclesiástica dice que es incontrovertible.

17. El concilio de Constanza en 1414 contra los Viclef y Husitas: asistieron cuatro patriarcas, 45 arzobispos, 160 obispos, 109 abades y teólogos y el emperador Segismundo de Alemania.

18. El concilio de Florencia, 1459, para la segunda reunion de los griegos. Asistieron Juan Paleógo, emperador de los griegos, y muchisimos prelados griegos y latinos, siendo presidido por el mismo Papa Eugenio IV. Todos los prelados griegos suscribieron este concilio menos Marcos Efesino, que reencendió en Grecia el fuego del cisma.

19. El concilio Lateranense V, en 1512, contra el conciliábulo de Pisa: asistieron á sus diferentes sesiones 120 obispos, habiendo sido convocado por el Papa Julio II y terminado por el Papa Leon X.

20. El concilio de Trento, corona de todos los concilios precedentes, convocado por Paulo III en 1542 y terminado por Pio IV en 1565: asistieron á este concilio celebrado contra Lutero y sus secuaces 6 cardenales, 4 legados, 5 patriarcas, 32 arzobispos, 228 obispos, 5 abades 7 generales de órdenes religiosas y gran número de teólogos de todas las naciones.

XXXVII.

Gloria y horror.

¡Cuán breve y mezquina es la gloria de este mundo!

De cuatrocientas á quinientas mil personas habian visto pasar el domingo el brillante cortejo que conducia al Sultan al Eliseo. El lunes se sacaron de Trianon las carrozas doradas que habian servido á Luis XIV, Luis XV y Luis XVI. ¿Quién podria describir la riqueza y variedad de libreas de los lacayos, los suntuosos arreos, el esplendor de la comitiva que se dirigia al Palacio de la Esposicion universal?

Allí iba á verificarse la adjudicacion de once mil medallas de bronce, plata y oro á los espositores premiados.

Además del Emperador, la Emperatriz, el príncipe imperial y el Sultan, veíanse en aquel recinto el príncipe Napoleón, el príncipe de Gales, el príncipe de Orange, el príncipe real de Prusia, el príncipe real de Sajonia, el príncipe Humberto, el duque de Aosta, el duque de Cambridge, el hijo del Sultan, los dos sobrinos del Sultan, la gran duquesa Maria de Rusia, la princesa Matilde, la princesa de Sajonia, la princesa Clotilde, el duque de Leuchtemberg, la princesa de Teck, el hermano del Taicun del Japon, la duquesa de Aosta, el príncipe y la princesa Murat, el príncipe y la princesa Bonaparte, en una palabra, cerca de treinta altezas que deslumbraban con sus bordados de oro y sus condecoraciones.

La ornamentación de la sala se prestaba á la magnificencia de la escena. La bóveda de cristal cubierta de un velo blanco con listas verdes sembradas de estrellas de oro, privaba en parte la entrada á los ardorosos rayos del sol. De la nave pendían un gran número de estandartes de diversos colores sembrados de abejas de oro; cortinajes de terciopelo carmesí recamado de oro en las tribunas; el primer piso decorado con las banderas de los distintos pueblos que han espuesto, y en el centro de cada arcada de la tribuna superior una leyenda sostenida por un águila con el nombre de la nación. Las dos grandes vidrieras de los extremos de la nave apropiadas á esta ceremonia se hallaban completamente en armonía con el decorado de la sala. El trono ocupaba el centro, de espalda á la puerta principal, á continuación de la cual se había arreglado un salón de descanso, adornado, lo propio que la escalinata, con tapices de manufactura imperial de los Gobelines.

La orquesta tenía su estrado en el fondo de la nave, á la izquierda del trono. Constaba de 1,300 músicos, entre los cuales había 300 violines, 60 violoncellos y 60 contrabajos: el coro de hombres era de 1,500, escogidos entre los diferentes teatros de París, y 500 las señoras, con 300 muchachos del Conservatorio imperial, que constituían un total de 2,500 coristas y 3,600 ejecutantes. No hay que decir cómo sería interpretado el «Himno á la Francia,» de Rossini, que resonó por primera vez á la entrada del Emperador con su cortejo de soberanos y de príncipes.

Pero han pasado solamente algunas horas.

Decid: ¿resuenan todavía los ecos del himno de Rossini bajo las bóvedas del gran Palacio industrial?

¿Brilla aun en aquellas inmensas galerías el uniforme de algun príncipe, ó deslumbra á los espectadores el atavío fantástico de alguna amazona de la India?

El *Monitor* anuncia oficialmente que el emperador Maximiliano fué fusilado el 19 de junio.

Los oficiales franceses llevan una gasa negra en la empuñadura de la espada.

Todas las cortes de Europa visten de luto, y nubes fúnebres que no ha podido disipar la Exposición universal, ni disiparán jamás las miserables apoteosis de los intereses materiales, prolongarán quizá sobre nosotros nuevos lúgubres días.

XXXVIII.

Un imperio á la tumba.

Méjico, país amenísimo y delicioso, sembrado de monumentos que acreditan la grandeza de la civilización española, religioso, próspero y feliz bajo la dominación de nuestros monarcas (1), ¿qué aspecto ofrece ahora?

Sobre él ha pasado el huracán del espíritu moderno, el furor de todos los delirios, de todas las insurrecciones, de todas las iras, y en menos de medio siglo ha sido cubierto de todo linaje de estragos y ruinas que lo han reducido al estado semi-salvaje en que hoy se encuentra.

Los últimos mejicanos han sucumbido.

El nombre de Querétaro irá unido en la historia á un crimen que ha hecho estremecer de horror é indignación á todas las naciones civilizadas, pero mas que á las naciones enamoradas de la actual civilización á todos los hombres de honor, de fé y de sentimientos no bastardeados por la procaz desmoralización que hoy priva.

(1) Así acaba de confesarlo la misma prensa extranjera, nuestra émula constante. Véase *La France*, artículo sobre las ferocidades mejicanas.

El asesinato jurídico del emperador Maximiliano es una consecuencia irrecusable de la jurisprudencia de la revolución, jurisprudencia funestamente proclamada y no una sola vez puesta en práctica por algunos soberanos de nuestros días.

Afrentada la paternal autoridad religiosa, entregada á la irrisión de los blasfemos la celeste majestad del catolicismo, negado Dios y empañada su eterna luz en las conciencias, ¿qué respeto restará de pié en el mundo, qué ley, qué orden, qué doctrina?

Los príncipes que asalariaron sofistas para fundar el llamado derecho nuevo ó el derecho de los *hechos consumados*; los que han *consumado* en Europa tantos sacrilegios y despojos mal velados con el nombre de anexión; los que para acallar sus insaciab'es ambiciones han cubierto tantos corazones de luto, haciendo derramar tantas lágrimas y sangre; los que hoy mismo en nombre del equívoco *principio de no intervención* tienen abandonado á los ataques de hordas infames al sublime Pío IX, ¿por qué se indignan? ¿qué dolor les oprime? ¿qué catástrofe en principio no consentida?

Que abran bien los ojos, los que no los tengan obstinadamente cerrados á la verdad, que miren fijamente en los antros donde se alberga la lógica de la mentira, y que digan, ya sinceros, si descubren en el fondo de su tortuosidad y tergiversación algún principio de justicia que les vindique, algún sentimiento de humanidad que los concorde.

¡Ah! Se han sembrado sobre el mundo espantosos vientos, se ha estado fomentando mucho tiempo las pasiones groseras, los egoístas instintos, la barbarie pomposamente disfrazada de civilización, y hoy se quiere que no estallen las inevitables tormentas, que el veneno no atosigue, que la corrupción no inficione y que la infamia no avance con su cortejo de crímenes, con su lujo infernal de fuego y sangre.

.



XXXIX.

La gloria de Dios.

Tú sola, divina Hija de Sion, guía de la ciega humanidad, astro de caridad infinita, tú sola, Reina inmortal, Madre perseguida, tú sola gozarás de inextinguible luz, de gloria sin luto, de paz sin zozobra, de felicidad incorruptible.

¡Oh Padre de la cristiandad! Príncipe de todas las almas redimidas, venerado aun de los que desde las sombras del error columbran el resplandor de tus escelsas virtudes, Pío angelical, tú triunfarás de la muchedumbre insensata de tus enemigos.

Tú triunfas ya, Iglesia de Cristo, infalible Maestra de la verdad, bienhechora dulcísima.

En medio de los combates presentados por la impiedad, en el fragor de las tormentas levantadas por el furor de las conjuraciones del abismo ante las efímeras maravillas de la industria contrapuestas á las eternas maravillas de la caridad, en presencia de las transfiguraciones del crimen y de las blasfemias de la ciencia, tú sola permaneces inquebrantable en tu unidad, gloriosa en tu modestia, santa en tu ley y en tu martirio victoriosa.

XL.

¡Ay de Babilonia!

¡Cuán pálidas aparecen ahora las solemnidades materiales de la industria al lado de las fiestas de la fé, de la esperanza y de la caridad!

Paris ha debido cubrir sus ostentaciones de poderío y civilización material con un velo de luto; Roma está irradiando inextinguible luz desde la tumba de su primer Pontífice, y los católicos que allí han acudido vuelven á sus países llenos de gozo el corazón, ocupada el alma de escenas eternamente triunfales.

¿Por qué los reyes que han visitado la Esposicion universal de París no han ido á Roma? ¿Les ha parecido mas importante para gobernar dichosamente á sus pueblos el fomento de las artes suntuarias y de la mecánica, que el aplauso tributado á los héroes del bien, que la canonizacion de la santidad, que las enseñanzas inmortales de la glorificacion de la virtud?

Por ese alto desprecio de la autoridad espiritual de la Iglesia, tratada como esclava en tantos reinos, están amenazadas las naciones y sus principes de grandes catástrofes, de inevitables y ya inminentes expiaciones.

La babilónica civilizacion de Europa está sitiada. Ebrio de orgullo y de corrupcion, Baltasar ha profanado la propiedad eclesiástica; de órden suya han robado sus caudillos los vasos sagrados del templo, y se ha pretendido obligar á los sacerdotes cautivos á entonar los cánticos de Sion.... Mas.... estended la mirada sobre las espléndidas Córtes contemporáneas.

Negra noche cubre sus torres y estensas columualas; en el festin sacrilego que dura hace tres siglos se ha estado desafiando temerariamente al Dios de Sabaoth, la blasfemia acaba de pronunciar sus últimas amenazas; pero he aquí que en las paredes del palacio impio una mano misteriosa traza con caracteres terribles, estas palabras :

MANE : THECEL : PHARES.

FIN.